

Mildred Cabral



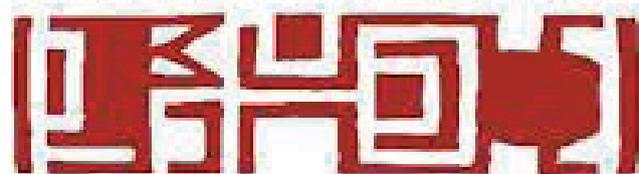
En el mismo lugar

**Sistema de
Editoriales
Regionales**

Fundación Editorial
elperroylarana

MISIÓN
Cultura - Venezuela
¡Corazón adentro!

Fundación Editorial



el **perro** y la **rana**



En el mismo lugar

©“Mildred Cabral”

Colección: Salvador Garmendia / Narrativa

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte piso 21. El Silencio

Caracas - Venezuela 1010

Teléfonos: 02127688300 - 7688399

Comunicaciones@FEPR.GOB.VE

www.elperroylara.gob.ve

www.mincultura.gob.ve.mppc/

Sistema de editoriales Lara / Consejo Legislativo / Dirección de
Información y Documentación.

Lugar: Casa Rosada / Carrera 17 esquina calle23. Plaza Jacinto Lara

Barquisimeto - Estado Lara

Red Nacional de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela,

capitulo Lara

Diseño y Diagramación

Antonio Duno

Consejo editorial

Yajaira Álvarez

Norys Saavedra

Omar Villegas

Venancio Hugo Rodríguez

Por la plataforma del Libro: Angelica Rodríguez

Corrección: Antonio Duno

ISBN: 978-980-14-4672-9

Deposito legal: DC2020000273

Impresión digital

En el mismo lugar

Mildred Cabral

El Sistema de Editoriales Regionales (SER) es el brazo ejecutor del Ministerio del Poder Popular para la Cultura para la producción editorial en las regiones, y está adscrito a la Fundación Editorial El Perro y la Rana. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una editorial-escuela regional que garantiza la publicación de autoras y autores que no gozan de publicaciones por las grandes empresas editoriales ni de procesos formativos en el área de literatura, promoción de la lectura, gestión editorial y aspectos comunicacionales y técnicos relacionados con la difusión de contenidos. El SER les brinda estos y otros beneficios gracias a su personal capacitado para la edición, impresión y promoción del libro y la lectura y el estímulo a la escritura. Y le acompaña un cuerpo voluntario denominado Consejo Editorial Popular, cogestionado junto con el especialista del libro del Gabinete Cultural Estatal y promotores de literatura de la región.



Pendiente Zoomorfo

Concha de caracol

Largo: 18,4 cms

Ancho: 05,9 cms

Fase Boulevard de Quibor

Siglos II-VII. DC

Estado Lara / Municipio Jiménez

DEDICATORIA

Dedico esta novela a:

Mis hijos: Juliette, Lis, Daniel (+) y José Daniel, por mostrarme su interés y su paciencia cada vez que quise que oyeran mis relatos.

A mis queridos nietos: Dianella, Ivanella, Iván Andrés, Isabella y Héctor Manuel, por permitirme obsequiarles mi legado literario.

Muy especialmente a mi querida madre, Olga Veloz Duin, quién hizo posible con su apoyo y conocimientos, impregnar esa vena poética en todo mi ser.

A mi amadísima abuela, María Inés Duin Anzola, quién siempre fue mi inspiración, guía espiritual, guardiana y guerrera, desde mi nacimiento hasta el presente.

A Blanca Elisa Cabral Veloz mi hermana, lectora de todas y cada una de mis ocurrencias, mi mejor ejemplo y crítica de arte.

Dedico a mi amiga Margarita Morales, investigadora cultural, docente universitaria, escritora, articulista y prologuista, quien hizo posible con todo su apoyo incondicional que cada letra, renglón, estructura, prólogo y forma, se alinearan armoniosamente en la presentación de mi obra.

Agradecida con Dios eternamente por tanto y por todo, pues sin él nada hubiese sido posible.

PRÓLOGO

“EN EL MISMO LUGAR”, obra valorada que ofrece en esta oportunidad, la escritora, poeta, referente cultural del Sistema Nacional de las Culturas Populares SNCP, MILDRED CABRAL VELOZ, en uno de los géneros de la narrativa literaria convertida en novela, que ha cultivado entre lo real y la ficción; despertando un legado familiar de rica dimensión.

Composición literaria que retrata las costumbres populares del lugar donde se desarrolla un drama de sus antepasados, destacando uno de los espacios que lo ha convertido suyo, por muchos años, el Estado Lara, región del occidente del país, Venezuela.

Este cuadro costumbrista recrea, aspectos culturales, creencias, usos, estilos de vida: entre faenas, descripciones de paisajes, gastronomía, juegos tradicionales, vestuarios, trajes, accesorios e indumentarias; fiestas, bailes, música, canto y poesía, reflejando la idiosincrasia de un pueblo, “la vida Guara”, describiendo además, detenidamente cada aspecto, con su magistral ímpetu. Así mismo, narrando también, la miseria humana, entre la codicia y la maldad, envuelta por el bien y el mal que despierta en algunos seres humanos, condenables y detestables; y del cual ha sido víctima el desenlace de esta novela, llegando a un inesperado final.

Relato que desarrolla estéticamente por un sentimiento que lo vivencia en cada detalle, a través de 26 momentos encadenados por un hilo conductor inspirada por su bisabuelo, dentro de su cultura ancestral. Melodrama impregnado de sentimientos, amor al terruño y a la estirpe familiar desarrollada por los Duin. Con el propósito de entretener, divertir y despertar sentimientos de alegría, tristeza, amor, respeto, solidaridad; con la doble intención de dejar el legado a las nuevas generaciones. Eviden-

ciándose además, el uso de refranes, adagios, acertijos, modismos y jergas; fusionando la lírica con el lenguaje coloquial en su más exquisita dimensión.

Sus protagonistas surgen desde los relatos contados por su madre, la escritora, poeta, cuentista Olga Veloz Duin y su abuela, la reconocida escritora María Inés Duin Anzola, destacándose en ésta obra los personajes principales, más genuinos con una delicada magia, como: Asunción y José Tomas Liscano, Nicomedes Duin Zerpa, Santos y Emiliano Colmenárez, hasta un variado número de personajes secundarios que forman el entramado de esta bella novela.

Dejando la impronta de la herencia literaria de los Duin, bajo la genealogía de una familia de grandes valores y buenos sentimientos hacia su terruño, desarrollado en este sublime espacio larense: “EN EL MISMO LUGAR”.

Margarita Morales C.

Investigadora Cultural

EL VELORIO DE ASUNCIÓN

“La sepultura”

Ese día en “Paso Real” había un velorio y en la pequeña cocinita del rancho de Asunción Liscano se calentaba guarapo.

Sólo tenía treinta y cuatro años y buscando el pan para su primer hijo, se preñó de hijos y esperanzas. Delgada, sumisa, con infinita transparencia.

José Tomás, su hijo, sintió de pronto paralizada su vida. Tenía quince años y ya estaba completamente solo.

Nadie se daba cuenta de que lloraba. Todavía le parecía estar oyendo la tos seca de su madre con sus grandes ojeras bordeándole sus tristes ojos azules.

Miró por la rendija de la puerta la oscuridad de todos los patios y recordó con tristeza su pesado trabajo, recalentada por el sol y las necesidades de sus cinco hijos.

Ahora estaba allí, metida en esa caja marrón, dormida para siempre, pálida, con sus ojos tan cerrados.

La débil luz de una lamparita de querosén con agua, iluminaba a San Antonio, el único santico que estaba en la sala y el retrato de la que en vida fuera Asunción.

Los niños ya no estaban. Se los había llevado un cuñado de Asunción; el tío Miguel, bajo la promesa de ponerlos a estudiar en Quíbor, dónde él vivía y a las dos muchachitas más grandes, él dijo: ya les conseguí empleos en Barquisimeto, en las casas de “unos ricos” y se fue sin decir más nada.

Algunos de los vecinos lloraban encima del ataúd. Otros, simplemente conversaban bajo los efectos del chimó y el cocuy.

Cuando José Tomás echó la última palada de tierra, en el cementerio ya no quedaba nadie. Comenzaba a llover, hacía frío y todo estaba oscuro.

Comenzó a caminar sin rumbo fijo, estaba totalmente mojado pero no se podía detener.

Hilaba recuerdos, ¡tristes recuerdos! Agustina, Margarita, Ezequiel, Ignacio “nachito”, su hermano ahijado, él mismo le había puesto ese nombre.

Sí... los recordaba a todos, también a su madre, lavando ropa ajena, sucia y hedionda para ganarse unos cuántos bolívares, que no le alcanzaban ni para comprar el salado en la pulpería del señor Clemente.

Se quedó mirando a lo largo de la calle y observó que todo era hermoso, allí había nacido, en ese lugar rodeado de pobreza

pero también de mucho amor, de vegetación y colorido, con sus ríos chispeados de plata dónde tantas veces se bañó con sus hermanos.

Las cascadas del color del vino, la vida de los campesinos con sus historias y sus cuentos. Las casas de barro y adobe, la plaza, la escuela a la que nunca fue, la iglesia de San Miguel de Arcángel dónde se arrodillaba junto a su madre para hacer promesas y pedir favores.

Había caminado mucho y sus pensamientos lo habían llevado demasiado lejos y sin darse cuenta, estaba parado frente a la hacienda “El Pedregal”, propiedad de José Duin, al que mentaban “El Patrón”.

Se quedó sorprendido una vez más al ver aquella inmensa casa, que al lado de las humildes casitas del pueblo, era una verdadera mansión.

Allí sí no sabían lo que era tener que dormir bajo mil goteras de lluvia. Tan hermosa... tan iluminada y pensó que él siempre había deseado una casa así para su madre.

SIN PIEDAD

“la paliza del cojo a José Tomas Liscano”

“El Patrón” Sí... cuántas veces tuvo que soportar el desagradable olor de su tabaco mientras le revisaba la ropa que le lavaba Asunción y luego la miseria que les pagaba.

Recordó también varios golpes que le dio un día que fue a llevarle la ropa limpia.

-Mira carajito, dile a tu mamá que ahí le mando estos cinco bolívares, pero de la otra ropa que me lavó la semana pasada no le pago nada, mi liquilique estaba sucio en el cuello.

-Y dile que me avise si me va a seguir lavando tan mal, para buscarme otra vieja que me lave esas guarandingas.

José Tomás, apenas tenía ocho años y le contestó asustado:

-Esa ropa la traje yo mismito. Señor, con mucho cuidaíto y... estaba blanquita y...

-Cállate la jeta muchacho grosero, falta de respeto, tripón del carajo. Si yo digo que está sucia, está sucia. Fuera de aquí muerto de hambre, ¡miren pues! ¿Y que discutirme a mí?

De varios golpes lo hizo rodar por los suelos.

Y ahora estaba allí de nuevo, sin querer, parado frente a esa casa.

Sintió una inmensa rabia por aquel ser tan inhumano. Pensó que ya era hora de volver a Paso Real, era media noche, estaba muy cansado y tenía demasiado frío.

Pero un grito interrumpió su silencio y sus recuerdos.

-¡Alto! ¡Si se mueve lo mato!

La voz salía de la oscuridad de unos matorrales y al ir saliendo poco a poco... José Tomás murmuró... ¡El cojo Baudilio!

-Sí... yo mismo soy.

¿Y se puede saber quién eres tú y qué haces por aquí a estas horas?

-Bueno yo...yo... ¿yo qué?

¿Tú no sabes que esta hacienda es propiedad privada y el que la pise sin permiso es hombre muerto?

-Claro, sí... pero yo sólo pasaba por aquí, yo no soy un ladrón, yo vivo en Paso Real se lo juro, le estoy diciendo todita la verdad señor.

-Eso lo vamos a averiguar ahorita mismo, "cuentas claras conservan amistades" ¡vamos camina! Ay... ponte las manos en la

cabeza, ¡vamos! Ay... párate mierda, espía del carajo, ¿quién te mandó para acá?

José Tomás cayó al suelo doblándose del dolor, pedía piedad una y otra vez pero nadie lo escuchaba y los golpes del cojo Baudilio se repitieron incansablemente hasta que todo quedó en total silencio.

“El cojo” como era conocido por esos lados había aparecido en Cubiro, de repente, con su rostro desfigurado por posibles navajazos y ese pie renco que lo hacía cojear al caminar.

El patrón José Duin, le dijo a todos en el pueblo, que “El Cojo”, era el caporal de su hacienda.

Pero en la realidad, su trabajo era maltratar a los peones y acumular reses para “El Pedregal” Se decía por ahí en algunos rincones, que era un ex presidiario de El Tocuyo y que él y “El patrón” hacían negocios raros.

En el pueblo había mucho miedo en hablar, en hacer acusaciones y los pocos que lo hicieron, aparecieron muertos por esos montes.

-¡Patrón, patrón! ¿Qué ocurre cojo?

¡Hay que sacarlo de aquí! ¿A quién?

¡A ése carajo!

El que le conté de anoche, yo creo que se murió.

¡Qué vaina! Ahorita no me conviene otro muerto por aquí, fuiste muy bruto cojo. Pero claro, qué va a sabé el burro de chicle si lo que mastica es paja.

-Pero patrón yo pensé que era más viejo, ¡se ve tan grande!

Sácalo de aquí antes de que los peones se den cuenta, no van a comerse el cuento de que nos estaba robando.

Cuando yo le diga que el burro es negro no le busque pelo blanco, carajo.

¿Y... usted está seguro de que ése es el hijo de esa mujer, la que se murió ayer en Paso Real?

¡Seguro! Yo lo conozco desde tripón, ese carajito es muy trabajador y por ahí todos lo querían.

Pero no... tú en vez de asustarlo le caíste a palo limpio, sin averiguar, sin preguntarme a mí primero.

Yo nunca lo había visto, ¿y ahora que vamos a hacer patrón?

-¡Qué vas a hacer tú pendejo, cada loro en su estaca!

A tí la policía te tiene el ojo puesto desde hace tiempo y dicen que le recuerdas a "alguien" y que les parece que te han visto en algún lado.

Claro, yo sé adónde es que te han visto, pero ni por el carajo se los digo.

-Bueno patrón, voy a sacarlo ya mismo de aquí, voy a aprovechar que todavía está oscuro. -Sí... pero apúrate, mételo en una marusa, ¡tíralo en alguna parte! Pero bien lejos de aquí.

“El Patrón,” como le decían todos, había heredado “El Pedregal” de su padre, Don Nicomedes Duin Zerpa. Un hombre bueno, noble y muy querido por todos en los pueblos de Quíbor, Cubiro y Sanare, dónde se habían radicado sus antepasados provenientes del extranjero.

Dicen que sus abuelos construyeron una iglesia, una escuela y una plaza, pero un día de repente, Don Nicomedes sufrió “un accidente” que lo postró en una cama por varios días, sin comer, sin beber agua, sin hablar.

Cuenta la gente del pueblo que en su lecho de muerte le susurró en el oído al padre Bagdolio el nombre de una mujer, le entregó un sobre cerrado y le dijo: ¡entregue mi encomienda padre! Y enseguida cerró los ojos para siempre.

Jamás se supo de testamento alguno, ¡nada! Pero a los pocos días de su fallecimiento, apareció por “El Pedregal” un tal José Duin, llamándose “hijo” del difunto, un hijo que nadie jamás vio ni conoció, tomando posesión de la finca y haciéndose “dueño” absolutamente de todo.

EL ENCUENTRO

“Entre la vida y la muerte”

Emiliano Colmenárez levantaba su machete enfrentándolo a los largos bejucos de la caña amarga. Su hijo Santos lo ayudaba.

Eran pocas las varillas que le faltaban y esa era la mejor zona para buscarlas.

El fuerte sol de las doce se colaba inoportuno entre la gigantesca maleza del campo. ¡Yo creo que con esto está bueno! Le gritó Emiliano a su hijo, quién no lo escuchaba pues había bajado un poco más hacia el río, tratando de buscar bejucos más frescos.

De pronto se oyen los gritos desesperados de Santos.

- ¡Papá, papá! Ayúdeme, aquí, aquí.

-A vaina, ¡me lo picó una bicha!

-Ya voy mijo, no te muevas.

-¡Por aquí papá! Pero guarde el machete, que no es una culebra.

-¡Dio mío es un finao!

-Sí papá lo hallé aquí tapado completamente con estos trapos.

-¿Quién será? Tenemos que llamar a la policía.

-Un momento mijo, este hombre todavía está vivo, mira como respira.

Tráeme la botella de aguardiente e caña que dejé allá arriba, corre Santos ¡pá reviví este muerto!

Las manos de Santos iban y venían cargadas de agua, el viejo Emiliano frotaba la frente de José Tomás y una hojita verde era machacada contra las piedras.

El abdomen del muchacho subía y bajaba lentamente y allá en el horizonte un lote de zamuros trataba de aterrizar.

-¿Quién es papá?

-No lo sé, nunca lo había visto. El que lo abandonó aquí lo dejó como tronco pa miá los perros y lo debe haber traído de lejos.

-¿Quién? No sé. ¿Por qué? Tampoco.

-Pero de una cosa si estoy seguro mijo, qué es como de tu edad.

-¿Usted trata de decirme que es un muchacho?

-Sí. Un muchacho grande, pero es un muchacho.

-Ojalá que no se muera, papá.

-¿Quiénes serán esos criminales?

-¿Y ahora que vamos a hacer con él?

-Vamos a esperar a que oscurezca mijo, ya después veremos.

Con el rostro desencajado y triste Emiliano recostó su cuerpo sobre la húmeda hierba.

El sol declinaba con la tarde cubriéndola de noche y se iba profundizando en aquel triángulo de existencias.

Los perros comenzaron a ladrar reconociendo la vieja y empolvada camioneta Ford, de los Colmenárez.

Habían llegado a un pequeño y unido caserío en Sanare que se dedicaba a cosechar sus tierras. Los perros olfateaban intranquilos las piernas de los dos hombres, como presintiendo que había alguien más.

Los viejos y cansados brazos de Emiliano arrastraban el moribundo cuerpo de José Tomás hacia el rancho.

-Alumbre la lámpara mijo, para acostar al muchacho en el catre y vaya búsqieme a la comadre.

-¿A estas horas, papá?

-¡A carajo, muchacho! no pregunte zoquetadas y vaya a hacerme el mandado.

-¡Sí papá, ya voy, caray usted cuando no muerde pateal!

-Ah... y que traiga todos sus menjurjes que los vamos a necesitar.

Santos salió de la casa como “alma que lleva el diablo”. Conocía el obstinado carácter de su padre. A él le pareció muy tarde para ir a buscar a la comadre, pero no le quedó otra que obedecer.

En la casa de los Colmenárez olía a hierbas de todas las clases.

La comadre Liduvina intentaba revivir al muchacho untándole un aceitico rojo por todas partes. En el fogón hervían la mejorana, la ruda, el romero y otros montes machacados.

-Mire comadre, ¿usted cree que este muchacho se salva?

Bueno déjeme decirle que a la mejor cocinera se le queman las tajadas, pero si la Divina Pastora me ayuda sí puede ser que se salve, pero después hay que dále mucha sangre de toro, el pobrecito se ve muy débil.

-Compadre discúlpeme la curiosidad pero es que no me aguantó.

-No se preocupe comadre ya me había extrañado que no me lo preguntara antes.

-¡Compadre! ¿Me está llamando chismosa?

-No, claro que no comadre. Qué quiere saber, ¿quién es ese?

-Pues para decirle la verdad ni yo mismo lo sé.

-¿Cómo?

-Como lo oye. Arrime para acá ese taburete para contarle cómo fue que lo encontramos.

Y ahora comadre que ya sabe cómo fue, le agradezco que no se lo cuente a nadie porque uno nunca sabe y es bueno saber dónde espantan pá pasar rezando.

Si descubren que está vivo podrían volver por él.

-No se angustie compadre, que mi boca se sellará como una tumba.

-Si alguien de por aquí pregunta, le voy a decir que es un sobrino mío, el hijo de un hermano que se murió en Caracas y me lo mandaron pacá.

-¿Y los porrazos? ¿Qué le va a decir a la gente de los porrazos?

-¡Que se cayó de un burro!

-¿Y en Caracas hay burros?

-Y soltando una increíble carcajada:

- Claro comadre aunque el marrano sea blanco, la morcilla es negra. En todas partes debe haber burros.

Santos volteó impresionado al ver a su padre, no podía creer que se estuviera riendo.

-Bueno comadre lo más seguro es que se vaya cuando se alien-te porque lo debe estar buscando su familia.

-¿Y si no tiene a nadie, papá?

-Bueno si se quiere quedá aquí, mi rancho está a la orden.

-Papá, papá, se está moviendo.

-Comadre, dele las cucharadas de pétalos de rosas paque le baje la fiebre y hágale un baño de pies y manos con aceite de jengibre y nuez moscada que eso es muy bueno.

-Sí, ahorita mismo compadre.

Aquellos tres seres se encargaron de la vida de José Tomás sin importarles nada.

El agua de la hoja de mango no faltaba, el eucalipto tampoco, la sal de higuera, la salmuera, la sábila y por supuesto las oraciones de Liduvina invocando a San Marcos de León, San Bartolomé, San Pedro, San Pablo, San Cirineo, San Benedicto y la Divina Pastora estaban presentes en todo momento.

Habían pasado ya varios días desde que encontraran el moribundo cuerpo del muchacho y éste se recuperaba muy pero muy lentamente, gracias a los buenos cuidados de éstos samaritanos y a su intensa juventud.

IV

LA VERDAD

“José Tomas revelando el secreto”

Ya Emiliano Colmenárez se había enterado de todo, no sólo de lo que le había pasado a José Tomás, sino también de quien lo hizo, de su origen y hasta de su pasado.

Terminó de inhalar la última bocanada de su cigarrillo y lo trituró con rabia contra el piso.

-Me dejas sin palabras muchacho. No puedo creer que haya gente tan mala en este mundo. Y entonces ¿Tú no tienes familia?

-Sí tengo señor, cuatro hermanos repartidos en diferentes casas, todos tripones, ni siquiera sé pa donde se los llevaron, sólo sé que el tío Miguel a los varones los iba a llevar pa Quíbor y a las hembras pa Barquisimeto pero más nada.

-¿Y porqué tú no te fuiste con tu tío?

-Él dijo que yo no iba porque yo no era su sobrino y que ahí me dejaba él rancho para que yo viviera.

-Bueno pero si tus hermanos son sus sobrinos, tú también lo eres.

-Eso le pregunté yo pero él me dijo riéndose: “Si Asunción no te

lo dijo viva, mucho menos te lo va a decir muerta” y se fue sin decir más nada.

-Y pa decirle la verdad, yo no sabía qué hacer. Primero se muere mi madre, después se llevan a mis hermanos y ahora esto y...

En ese momento, Emiliano se da cuenta que a José Tomás se le quiebra la voz y lo interrumpe:

-¿Y tu padre?

-No lo sé. Una sola vez le pregunté a mi mamá por él y ella apretándome muy duro contra su pecho, me dijo: Yo soy mamá y papá y con eso basta.

-Acuérdese que madre es una sola, me dijo-

“Papá” es cualquiera, por eso tienes que obedecerle a Lázaro pa que no te pegue tanto.

-¿Y quién es Lázaro?

-El papá de mis hermanos.

-¿Y dónde está él?

-¡Ojalá que “penando” en el mismito infierno!

-¡Ay mijo no diga eso!

-Bueno muchacho, pensándolo bien todo palo no sirve pa cuchara

Es que siempre se lo desee señor y que Dios me proteja y me perdone, él sólo supo darle maltratos a mi madre.

Cada vez que llegaba borracho, que era casi todos los días, le pegaba y yo ahí sin poder decir ni hacer nada porque a mí también me pegaba.

Una vez me golpeó tanto que me dejó desmayado en el piso y mi mamá sufría muchísimo por su culpa.

-Claro, claro, tienes razón ahora voy entendiendo. ¿Y cómo fue que se murió el muy desgraciado?

-Le dieron una puñalada que le atravesó el corazón, así apareció una mañana y nunca se supo quién fue.

-Recuerdo que mi mamá no botó ni una lágrima. Encárguense del muerto, dijo. Porque yo estoy enferma.

-Ahora si te comprendo mijo; quién siembra viento cosecha tempestades.

Murmuró quedamente Emiliano.

-¿Cómo dice señor?

-Nada, nada muchacho, descansa. Yo voy a calentar las carao-

tas, apenas llegue Santos con los ajíes comemos.

José Tomás entendió que Emiliano no quiso seguir hablando, le observó una gran tristeza en el rostro y se fue a acostar nuevamente en la cama que le dieran desde que llegó. Y pensó casi en voz alta: “Como me gustaría quedarme aquí en este pueblo, en esta casa, y que él fuera mi padre”.

El viejo no escuchó este ruego, pero allá en el fogón, Emiliano Colmenárez también pensaba: Pobre muchacho se ve que ha sufrido mucho en la vida, le voy a pedir que se quede, sería como otro hijo pa mí y un hermano pa Santos, ese hermano que yo le quité aquel maldito día por descuidado.

En ese momento entró Santos corriendo con los ajíes y se le quedó mirando a su padre.

-¿Y usted que tiene papá, como que está llorando?

-¡No, claro que no, fue la cebolla!

Santos sabía que no era la cebolla, pues no era la primera vez que lo veía llorar.

¡Santos!

-le gritó su padre.

-Traiga las arepas y el suero, que vamos a comer.

EL VIAJE

“La Cosecha”

Los gallos se pusieron de acuerdo para cantar a la misma hora y en todas las casas había un exquisito olor a café recién colado. En ese sitio tranquilo donde se escuchan las noticias matutinas, en el único radio del Telégrafo, como fue el asesinato del Teniente Coronel Carlos Delgado Chalbaud y el terremoto de 1950. Allí donde los campesinos recogen sus cosechas de cebolla, tomate y melón; y las tinajas arden al fuego vivo en los hornos de tierra de los alfareros. Allí no se sabe quién llegó primero. Lo cierto es que alguien le dio vida al pueblo y le puso un nombre: Caserío “Loma Curigua” y las cuarenta y seis familias que allí viven con sus cultivos, sus ordeños, sus alegrías y tristezas, sus perros y sus gallos, aman entrañablemente ese bendito lugar. Hermoso pueblo de rituales católicos, donde todo el mundo festeja el santo que los protege y libra de enfermedades. Bailan La Zaragoza el día de los Inocentes, 28 de diciembre, con sus trajes de colores y son dueños de todo lo que siembran. Algunos, venden en los pueblos más cercanos Otros, simplemente comen para vivir. Emiliano había decidido irse de viaje esa noche.

- Muchachos, les comenté:

-Como al que madruga Dios lo ayuda y a esta hora se hacen más cortos los caminos, entonces nos vamos de una vez.

Habían logrado que José Tomás se quedara con ellos alegando:

-No te puedes ir porque todavía estás muy débil, quédate, serás como mi hermano y eso le hará mucho bien a mi padre y mil cosas más.

-Bueno, les dijo él muchacho. La verdad es que si me gustaría quedarme aquí con ustedes, allá en Cubiro, en Paso Real, ya no me queda nadie, sólo recuerdos... tristes recuerdos.

¡Venga un abrazo entonces hermano!

Le dijo Santos casi cayéndole encima de la emoción.

-¡Ay cuidado! Que todavía estoy rencoso.

Se reían a carcajadas los dos abrazados.

Ya la vieja y batalladora camioneta estaba lista para el viaje. José Tomás separaba los cambures y ayudaba a enfilear un centenar de plátanos.

Tenían un cargamento fabuloso y la cosecha había sido muy buena.

-Ya apúrese papá. No busque más nada.

-¿Y mi machete? ¡Aquí va!

-¿Y mis alpargatas? ¡Aquí van también!

-Yo le guardé todo papá.

Esto lo dijo Santos con orgullo, le encantaba agradar a su padre y que éste se diera cuenta de ello.

-Gracias mijo, ya veo que está aprendiendo.

-Claro papá, al buen llanero no se le va el lazo.

Salieron de Sanare. La camioneta era suficientemente cómoda para que fueran los tres en la parte de adelante.

Emiliano guiaba con mucha seguridad su volante, era un experto por esas carreteras.

Santos maltrataba un cuatro desafinado y José Tomás reía burlándose de la espantosa voz de Santos, que gritaba a los cuatro vientos esta copla de su propia inspiración:

Allá viene la negra Juana
Con su cesta de empanadas
Cantando por el camino
Su ritmo del tiqui tá
Alegre y alborotada
esta negra de ciudad

se mete hasta en los velorios

a cantar su tiqui tá

Elegante y empolvada

con su bamba colorá

José Tomás se veía feliz, se había olvidado un poco de sus problemas. Se sentía seguro entre aquellos dos seres a los que les debía tanto afecto.

Había aprendido a quererlos y en tan poco tiempo a conocerlos.

Una noche la comadre Liduvina le había confiado “algunos secretos” de los Colmenárez.

Santos era un año menor que él, tenía catorce. Alegre, astuto y con la madurez de alguien mayor. Constantemente obsequiaba su ingenua sonrisa, refranes y trataba en todo momento de alegrar un poco la gran soledad que encerraba a su padre.

Emiliano Colmenares había llegado a Sanare con sus dos hijos. Santos envuelto en una cobija y León Hilario que apenas comenzaba a caminar.

Allí comenzaron a crecer alegres, sanos y con la ayuda de todos los campesinos de Loma Curigua construyó su rancho, cuidó, cultivó y sembró su tierra.

Una mañana de enero, Emiliano llevó a sus dos hijos al río, allí

los bañaba siempre y les lavaba la ropa, oficio que sabía hacer muy bien desde que había abandonado su verdadero pueblo, El Tocuyo.

Se había casado con Resurrección Herrera, la mujer más hermosa que él había visto en su vida. Allí habían nacido sus dos hijos y allí mismo, la había abandonado para siempre.

Un día, fue a Barquisimeto a negociar un ganado y cuando regresó ilusionado y con el dinero para comprar una finca más grande, encontró a su bella esposa en los brazos de otro hombre.

Más nunca la volvió a ver y desde entonces, sus hijos fueron los únicos compañeros de su gran soledad.

Así fue como comenzó a buscar un sitio para vivir, sin pasado y sin recuerdos y dónde nunca nadie le arrebatara sus dos grandes tesoros.

Pero el destino le seguía dando sorpresas a Emiliano y esa mañana el “río” en un momento de descuido, le arrancaba parte de su vida; a León Hilario.

Él no pudo hacer nada y cuando al fin lo rescató de las aguas, ya era demasiado tarde.

Todo el pueblo lloraba. Emiliano sólo dijo:

-Liduvina póngale el agua al muchachito

Y luego estuvo mucho tiempo sin hablar. Más nunca se le vio reír y Santos comenzó a crecer en aquella soledad rodeado de tristeza porque sentía que su padre también había muerto.

Habían viajado un buen rato y sólo se detuvieron en un cruce de vías en dónde se podía leer claramente dos letreros: Quíbor y el Tocuyo”

Emiliano se quedó pensativo por un momento y dirigiéndose a José Tomás, le pregunto:

-Mijo ¿Te da miedo ir pa tu pueblo?

José Tomás tardó un buen rato en responder y después de un largo suspiro...

-¡Claro que no! A lo que vinimos vamos. Además, los guaros de éste pueblo no tenemos miedo.

-¡Viva! ¡Viva! Así me gusta, bien dicho hermano.

-Santos por favor, yo no estoy probando la valentía de José Tomás ni nada por el estilo sólo que recordé que las fiestas patronales de Cubiro empiezan hoy y la oportunidad es muy buena pa vender allá todo este cargamento y también podemos pasar por Tintorero a comprar unos chinchorros y unas cotizas de cuero.

-Bueno entonces no se hable más del asunto -dijo Santos,
"Pa Quibor todos".

Amanecía y el nuevo sol coloreaba de bronce las calles y la camioneta verde, hacía su entrada triunfal al pueblo.

Santos aún estaba dormido y Emiliano miraba de reojo a José Tomás como tratando de adivinar sus pensamientos.

Las campanas enloquecidas se golpeaban unas contra otras indicándole al pueblo que ya eran las seis de la mañana.

Ya la iglesia comenzaba los preparativos para la primera misa y también para la procesión.

El pulpero, el barbero, el herrero, el talabartero y el carpintero de muebles ya tenían abiertas las puertas de par en par ofreciendo sus buenos oficios.

Todo era agite y revuelo. La Virgen "La Pura y Limpia" ya estaba presente y a San Antonio le pagaban "promesas"

En todas partes había fiesta, templete y palo encebado. En las Lomas, en Las Cuevas, en La Plaza Bolívar, en Sípuedo, en Cuara y en todo "Paso Real" había celebraciones.

El tamunangue, el joropo, El Golpe, y Las Turas animaban las fiestas y por supuesto el juego de garrote no faltaba, el rosario de las ánimas y La Batalla.

Todo era zaperoco, bulla y comida y en todos los kioscos se exhibían las conservas de papelón, piñonates, acemitas, catalinas, empanadas y suspiros.

Los vendedores gritaban a los cuatro vientos sus exquisitos mondongos y sancochos, pabellones, estofados, olleta, ropa vieja, chanfainas, patas de grillo y lomo prensao.

Las viejas casonas con sus postigos abiertos, llenas de historias y suspiros de todas las abuelas del camino, les daban la bienvenida a los visitantes.

Desde Quíbor hasta la entrada de Paso Real, se exhibían los hermosos tejidos, las cestas, las ruanas y las pintorescas hamacas, las tallas de madera, pimpinas y tinajas, platos de loza, jarros, sacos de cocuiza, marusas, sombreros de cogollo, alfombras de sisal, sillas y butacas de cuero e chivo.

De un solo golpe, el pueblo quedó convertido en un gran mercado de cosas.

Los tripones jugaban con chinas, perinolas, gurrufíos y zaran-das. Por todas partes habían trompos, papagayos y metras.

Las muchachas se paseaban con sus vestidos descotados y sus perfumes de azahares mezclándose entre la gran multitud de personas que llegaban de otras partes y disfrutaban de los toros coleados, las carreras de burros y los palos encebados.

Emiliano y los muchachos ya habían vendido todo. No les quedaba ni un sólo plátano, ni un cambur en la camioneta.

Habían hecho un buen dinero y estaban felices. Tan pronto como pudieron se fueron a comer. Estaban exhaustos y hambrientos.

Emiliano pidió un mute larense con queso de mano y un caratillo hecho con arroz, papelón y canela.

Santos pidió lo mismo pero con jugo de semeruco y José Tomás prefirió una hallaca con queso de cabra y guarapo de papelón.

Emiliano les repartió unos bolívares a los muchachos y los demás los guardó en la chácara que colgaba de su cinturón.

-Santos, recoja los mecates para que no se enreden.

-¿Y tú José Tomás, vas a ir siempre pa tu casa?

-Sí señor, quisiera buscar lo poco que me queda allá y traerme el cuadro de mi mamá, es el único retrato que tengo de ella.

-¿Quieres que vaya contigo muchacho?

-No se preocupe, gracias, pero prefiero ir yo sólo.

Emiliano no insistió y pensó que era mejor así, dejarlo sólo con sus sentimientos y sus recuerdos le vendría bien.

Santos se fue a dar una vuelta por la Plaza.

Había demasiadas atracciones y no se las quería perder.

Emiliano aprovechó para comprar algunas cosas que le hacían falta mientras esperaba a los muchachos.

-Ná guará José Tomás, yo pensé que no volvías ya me estaba preocupando hermano.

Claro que sí Santos lo que pasa es que me quise quedá un buen rato en mi casa.

-Oye... ¿Y tú como que lloraste?

-No... ¡Claro que no! debe ser la tierra.

- Santos soltó una carcajada como sólo él sabía hacerlo.

-¿Y se puede saber de qué carajo te estás riendo?

- Le preguntó en un tono molesto José Tomás.

-Sí claro, lo que pasa es que todo el que llora cerca de mí o es la cebolla o es la tierra.

-¿Y tú nunca has llorado zoquete?

-Claro que sí bobo. Lo que pasa es que yo cuando lloro sí digo por qué carajo estoy llorando. ¿Vez? Esa es la gran diferencia.

De pronto se quedaron viendo muy fijo a los ojos, como comprendiendo muchas cosas y luego comenzaron a reírse los dos.

-¿Y las cosas?

Preguntó Emiliano.

-Ya están todas en la camioneta

-Y el cuadro de tu mamá, ¿lo trajiste?

-Sí, pero se mojó mucho con las goteras del rancho. ¡Está tan desteñida!

Santos y José Tomás cerraron todo muy bien dentro de la camioneta y se fueron juntos a divertir.

Todavía podían disfrutar un rato más y luego emprenderían su viaje de regreso a Sanare.

VI

EL NEGOCIO

“De todo un poco”

-No teníamos porqué venirnos tan rápido papá, ya le estaba agarrando el gustico al baile.

-¡A carrizo, Santos! “Guarda el pan para cuando haya leche” Yo no vine a bailar, yo vine a vender la cosecha para meterme en un negocio.

-¿En un negocio?

-Sí, cualquier día de éstos me puedo ir de este mundo, ya estoy viejo y...

-¡Y no diga eso papá qué usted no va morirse nunca!

-Sí señor Emiliano, no lo diga ni en bromas, mire que con eso no se juega.

-Bueno, bueno, olvídense ya de la moridera y arrímense pa´ cá que les voy a explicar de qué se trata el negocio pues.

-Ustedes saben que en Loma Curigua hace falta una buena pulpería, dónde se venda de todo un poco, sardinas, gelatina de hoja, fósforos, velas, querosén, de todo.

-¿Y de dónde va a sacar usted tanto real pa´ eso papá?

-Ya voy payá Santos

-¿Tú te acuerdas de Remigio Valenzuela? El compadre del Negro, el hijo de Venedicta, -¿Sabes quién es?

-Sí Papá, Sí.

-Bueno él se va para Europa. Dicen que un hijo se le graduó allá de Doctor, de ésos que ponen ampolletas y entonces lo mandó a buscar y es por eso que me está vendiendo su pulpería.

-Yo ya le di una parte de los reales y el resto lo tengo “guardao” como rabo e morrocoy y nada más llegemos se los doy completos.

-¿Ahora sí me entienden? Por eso es que les dije que cuando yo me muera...

-¡Y déle otra vez con eso papá!

-Carajo, no voy a dejar desamparados a mis dos hijos.

-¿Y usted tiene otro hijo por ahí y no me había dicho nada papá?

-¡A muchacho bien zoquete y babieco!

-Claro que no, me estoy refiriendo a ti y a José Tomás, que ahora es como si fuera mi otro hijo porque he aprendido a quererlo y a conocerlo en el poco tiempo que lleva con nosotros.

-¿A mí?

Preguntó emocionado José Tomás.

-Sí muchacho, a ti.

-¿Eso quiere decir que tú y yo ahora sí somos hermanos?

-Bueno, la verdad es que no sé qué decir...yo...yo...

-¡Yo nada! No se me ponga gago y venga pa' cá mijo, deme un abrazo.

Emiliano lo apretó duro contra su pecho y José Tomás le dio las gracias.

-Ah... y no me diga más señor Emiliano, de ahora en adelante dígame "Tío" Soy su tío Emiliano.

VII

LA PULPERÍA

“La morocota”

-Ya está listo José Tomás, ya tiene suficiente agua la cal.

-Está bien Santos pinta tú por ese lado que yo pinto por éste. Vamos a apurarnos antes de que vuelva, se va a llevar una sorpresa que ni el mismo lo va a creer.

Los muchachos terminaron de pintar, reforzaron el techo y colocaron las tejas que faltaban, pusieron un gran candado y en la puerta se destacaba un nombre: “Pulpería La Morocota” propiedad de Emiliano Colmenárez.

Se podía leer claramente los letreros; “Se vende querosén, aceite de almendras, javón de tierra, belas de sevo, tabaco y chimó, pase adelante”.

Puño y letra de Santos que sí sabía leer y escribir pero con muy mala ortografía.

Los muchachos habían construido varios estantes de madera para la mercancía de “La Morocota” y ya no aguantaban el cansancio.

La pulpería parecía más bien un bazar, tenían de todo.

Emiliano había conseguido comprar a muy buen precio todas las

cosas y todavía le quedaba plata.

En una pequeña neverita tenían helados de cola, agua fría y algo de carne.

-Aquí van a creer que somos ricos, papá.

-Pues que no lo crean porque no pienso enriquecerme yo solo quiero el bienestar de ustedes y el de la gente de este caserío al que le debo tanto.

Ya no quedaba un lugar vacío para guardar tantas cosas. Era una verdadera pulpería “Tal y como la habían soñado”

VIII

LA FIESTA

“El jolgorio”

Llovía y los humedecidos bahareques hacían contraste con los pesebres de todas las casas. Eran las cinco de la mañana.

Emiliano terminaba de calzarse sus botas negras de goma, tratando de no hacer ruido para que no se despertaran “sus muchachos” le parecía que habían trabajado mucho en los cultivos y en “La Morocota”.

Además, era navidad y tenían derecho a dormir un poco más.

Fue hasta la cocina y montó su acostumbrada olla de peltre.

Llenó completamente su pocillo de café recién colado. Encendió un cigarrillo, lo aspiró lentamente y antes de irse los volvió a mirar.

Santos, como de costumbre, despertó de un empujón a José Tomás.

Casi no podía abrir los ojos del sueño. El sol comenzaba a colarse por las largas y finas varillas de la caña, mostrándose risueño como invitando a todos a salir.

Eran las seis y media de la mañana y tenían que cumplir con

todo un plan que se habían trazado. Debían aprovechar que Emiliano andaba para Barquisimeto y llegaba por la noche. Además era nochebuena y tenían mucho trabajo por hacer.

Liduvina, Santos y José Tomás preparaban las hallacas.

Las hojas de plátano bien lavadas y cortadas a cuadros esperaban por el guiso bien sazonado que ya hervía en el fogón de la espaciosa cocina.

El exquisito olor de la cebolla, el pimentón, el comino, la pimienta y la sal al gusto se mezclaban con la hoja y la manteca de cochino bien onoteada.

De la cochinera se escogió el marrano más grande, se aliñó con ají dulce, ajo, pimentón, cebolla picada, especias secas, sal, romero y un toque de miel.

Todo estaba preparado para la cena. El fogón le daba paso a los exquisitos dulces de lechosa, buñuelos, torta y arepitas dulces que no podían faltar.

Tenían que apurarse en limpiar la casa, en poner cada cosa en su lugar y abrir espacio en la sala del rancho para colocar las gigantescas piezas de barro del nacimiento de todos los años.

Había flores rojas por todas partes, la mesa, las sillas y los escaparates relucían de brillo. Santos, José Tomás y la comadre, trasteaban por toda la casa guardando peroles y sacando otros

para la ocasión.

Querían darle una inmensa sorpresa a Emiliano cuando llegara.

Querían verlo alegre, sonreír, que la fiesta navideña lo envolviera de felicidad y alejara de su rostro para siempre tanta seriedad y tanta tristeza.

Nada más llegara comenzaría la fiesta.

Santos había ido casa por casa invitando a todos los vecinos del lugar.

Había suficiente comida, leche é burra y dulces para todos. La única condición para ir, era llevar alegría y ganas de bailar. Y por supuesto; los músicos no podían faltar con sus cuatros, arpas, maracas y tambores.

Por ser una fecha tan especial ese día no se abrió “La Morocota”.

Los muchachos se vistieron de fiesta y se engalanaron.

Se pusieron sus mejores trajes y cada uno con sus pares de alpargatas nuevas de capellada tejida, bien bañados y radiantes y con olor a “Jean Marie Farina,” la loción preferida de Emiliano Colmenárez.

Habían trabajado demasiado pero estaban tan emocionados que se les había ido el cansancio y a cada momento inventaban algo nuevo.

En la entrada del rancho colocaron sillas de cuero é chivo, taburetes, bancos de madera y todo lo que sirviera para sentarse, pues ya comenzaban a llegar los invitados.

Los perros comenzaron a ladrar enloquecidos reconociendo la camioneta de su dueño.

Emiliano no lograba comprender por qué había tanta luz dentro y fuera de su propiedad. Al momento se puso muy serio o tal vez se asustó, pero al ver a sus muchachos entendió que todo estaba bien, y respiró con alivio.

Y dirigiéndose a Santos le preguntó.

- ¿Y que es todo esto mijo?

-¡Feliz Navidad, Papá!

-Es noche buena y esta fiesta la hicimos para usted.

Emiliano los vio de arriba a abajo y se quedó pensativo por segundos como tratando de comprender y luego los abrazó muy fuerte a los dos riéndose de la osadía de los tripones.

-¿No me gastaron toda mi loción verdad?

Y se echaron a reír con muchas ganas los tres.

De un solo golpe arrancó la fiesta y se desplegaron todas las tradiciones.

Emiliano fue a “La Morocota” a buscar unos juguetes para obsequiárselos a los niños como regalos del “Niño Dios”

Los aguinalderos, la misa, las parrandas, el brindis, el ancestral cocuy larense y los deliciosos platos, llenaban de calor humano todo el ambiente.

Las mujeres con sus largas faldas fruncidas de faralaos y volantes al borde, sus cotas rojas floreadas y sus zarcillos de oro cochano en forma de candaditos o herradura, las hacían ver bellísimas.

Los hombres, algunos con sus pequeños bigotes triangulares y sus sombreros de cogollo, o de fieltro marrón y de alas anchas y otros con su “Pelo’ e Guama” de colores claros.

Por allá en un rincón reventó el Joropo y el Golpe Tocuyano y las parejas bailaban valseao, zapatiao, escobillao y hasta toriao.

Fue una verdadera e inolvidable fiesta y se entregaron a todos los invitados obsequios y regalos.

Emiliano sacó de una marusa tres regalos más y sorprendiendo a los muchachos le entregó primero el de la comadre; un espejito con colorete para los cachetes. Y después, andaba más pintada que una guacamaya.

A Santos le dio un radio Philips para que oyera las noticias y a José Tomás le trajo un porta retratos de madera con vidrio para que cambiara el que tenía la foto de su madre, pues él sabía que estaba muy roto y desteñido.

IX

FANTASMAS Y APARECIDOS

“Cuentos de camino”

Ya habían pasado cuatro años desde aquel día en que José Tomás Liscano, apareciese en Lomas Curigua.

No sólo había aprendido a trabajar bien las tierras y los cultivos sino a arrear las reses por medio de cantos y también las tareas de ordeño.

Las vacas y el ternero tenían su propio nombre y aprendió que para mantenerlas tranquilas las llamaba cantándoles coplas como esta:

Rosalinda, Rosalinda
te voy a sobar él lomo
si te quedas quietecita
no te como, no te como

Hacía todos los trabajos que el campo requería y también aprendió a leer y a escribir con Santos, por supuesto, con los mismos “errores” de ortografía.

Una tarde en las que celebraban las ocurrencias de Santos y reían todos a carcajadas, éste se disfrazaba de monigote y los vecinos se acercaban a contar sus historias de muertos y aparecidos.

Todo el pueblo creía en las brujas, en el diablo, en la Sayona, se oían cuentos de San Juan de los cuatro vientos, los cuatro condenados, los cinco querubines diabólicos, el silbador y él llama perros.

Daba pánico y terror saber que había tantos espantos, el preferido parecía ser el de La Llorona que según dicen, salía en cuaresma y para alejarla había que insultarla con groserías y malas palabras porque de lo contrario, sí se le rezaba más bien la atraían.

Otra de las preferidas era nada más y nada menos que la Sayona, cuentan los que sobrevivieron que se paraba en los puentes a esperar a los hombres a quienes con su belleza y su traje blanco los invitaba a pasear y cuando el hombre se le acercaba, ella le “pelaba los dientes” que eran de oro macizo y los tenía cruzados como una equis, botando una inmensa candela por la boca y un espantoso y desagradable olor a azufre.

Después de oír todas estas historias, nadie podía irse a dormir en paz y entonces había que invocar a Jesús, a San Abrahán para que te cobije con su hermosa capa divina, a San Julián con su espada milagrosa, a la Virgen María Santísima, a La Trinidad, San Antonio, San Isidro y a todos los santos conocidos y por conocer.

En ninguna casa de cristiano falta la cruz de palma bendita y

en los quicios de las puertas amarradas con una cintica roja la matica de sábila y el santico de preferencia.

Santos, el que más cuentos echaba y el que se metía con todos, era el que más se asustaba de sus propios cuentos arrimándose a su padre para poder dormir.

-¿Ves lo que pasa Santos?

Le dijo su Padre.

-Siempre te digo que no oigas esos cuentos, aprende a José Tomás, él también los escucha pero después yo no lo veo temblando.

No era cierto. José Tomás también se asustaba como todos, con las historias de muertos y aparecidos, pero no se lo demostraba a nadie.

De pronto recordó el cuadro de su madre que lo había guardado en un viejo baúl desde aquella navidad en que su tío Emiliano le regalara el portarretrato.

Corrió hasta el cuarto que compartía con Santos, abrió el baúl y ¡Allí estaba! la foto pintada del cuadro de Asunción Liscano, su madre.

EL CUADRO

“Asunción, la madre de José Tomás”

Esa noche se quedó profundamente dormido abrazado al cuadro, de esa manera se sintió seguro y protegido.

Pero al despertar por la mañana, se dio cuenta que había roto aún más el cuadro y sintió pena por ello.

Entonces comenzó rapidito a sacarle los clavitos oxidados, luego el cartón que lo cubría, con un cuchillo le retiró todo el engrudo, luego las cañuelas y las hembrillas y al final cuando retiró el vidrio, vio sorprendido que tenía pegado un sobre blanco pero muy manchado y enmohecido tal vez por el agua y el tiempo.

Y en el que se podía leer claramente un nombre: “Asunción Liscano”.

Le tocó muchas veces el borde con la yema de los dedos como acariciando el sobre.

Estaba asustado, sintió que en el corazón se le clavaba una espina y un caudal de preguntas sin respuestas se convirtieron en un torbellino de dudas.

No sabía si abrirlo o dejarlo allí donde estaba, donde su madre lo guardaba tan celosamente.

- ¿Pero de quién? Y ¿porqué?

Trató de serenarse, metió la foto en el portarretratos y la colocó cuidadosamente encima de una mesita frente a su cama, se guardó el sobre dentro del bolsillo de su pantalón y salió apresuradamente a cumplir con las labores del campo.

En su hora de descanso José Tomás no fue al rancho a almorzar como era costumbre, prefirió quedarse tras las sombras de unos chaparrales.

Sacó el sobre de su bolsillo, herméticamente cerrado y lo acarició de nuevo. Se lo puso en el pecho como presintiendo en lo más profundo de su corazón “algo” que él no sabría descifrar.

XI

EL SECRETO

“La confesión”

La incertidumbre y el temor a lo desconocido y a la vez el coraje y el guáramo caracterizaban la personalidad de José Tomás Liscano.

Ese aguerrido muchacho de tan sólo diecinueve años, tomó al fin la decisión de abrir el sobre, de saber de una buena vez y por todas que había allí, tan guardado misteriosamente por su madre.

Había varios papeles dentro y el primero que comenzó leyendo decía textualmente:

TESTAMENTO... (Ológrafo, cerrado) instituyendo a hijo natural, como heredero universal de mis bienes.

Y sin comprender absolutamente nada, siguió leyendo:

Yo, Nicomedes Duin Zerpa, hijo de Don Eduardo Nicolás Duin y de Eufrasia Zerpa Oraa, quienes se casaron en la Ciudad de El Tocuyo, nieto por línea paterna de Don Félix Duin y de Ceferina Orellana; y por línea materna de Don Juan Cazorla y Doña Micaela Herrera, todos ellos ya fallecidos, como mayor de edad

y habiendo nacido el 5 de junio de 1.883 y que me domicilio en la Ciudad de Quíbor, Hacienda El Pedregal, del mismísimo Estado Lara, en éste testamento (Ológrafo, Cerrado) que otorgo por mi propia y libre voluntad y con plena lucidez mental, de acuerdo a las formalidades del Código Civil y de mi puño y letra, instituyo heredero absoluto y universal de todos mis bienes para cuando yo fallezca al único hijo natural que tengo JOSE TOMAS LISCANO, reconociéndolo en este acto, como mi heredero, el cual nació en la propia casa de su madre Asunción Liscano, el día 3 de octubre de 1933. Declaro que no tuve hijos con mi fallecida esposa Doña Catalina Oviedo, ni tengo otros hijos, ni me uní nuevamente a ninguna mujer. Manifiesto que los principales bienes que integran mi patrimonio son los siguientes: Una finca de ciento cincuenta hectáreas, llamada El Pedregal, con una casa construida para vivienda de 1.245 metros cuadrados comprados a Lorenzo Rodríguez de Alba, título inscrito con el número 13952-A-1915, 50 cuadros al óleo sobre madera de varios pintores Europeos y 5 cuadros al óleo firmados por Armando Reverón y Martín Tovar y Tovar, respectivamente, 30 onzas de oro fino de 24 kilates en lingotes sellados acuñados por el Banco de Venezuela en las oficinas de El Tocuyo, él moblaje de la finca legada con todos sus accesorios y valiosas colecciones, todo los animales, las reses marcadas por la hacienda y todos los bienes varios de menor cuantía que estén en ella. Es mi categórica disposición cancelar y extinguir por este acto, cualquier otro

testamento que hubiere realizado antes de este día. Finalizo los mandamientos y otorgo, con mi firma, el presente. Quíbor a los veintiséis (26) días del mes de Septiembre de 1936.

José Tomás leía y releía varias veces lo mismo y lo único que entendía era que ese señor Nicomedes lo nombraba a él y decía que era su hijo natural.

Desesperado por saber más sacó los otros papeles del sobre y allí estaba una carta dónde se podía leer:

Querido hijo José Tomás

Como no sé escribir le pedí al padre Bagdolio que me hiciera esta carta. Hoy el Padre me trajo este documento que como verás se trata de un testamento que te deja a ti, Don Nicomedes Duin Zerpa.

Te estarás preguntando quién es ese señor y yo te confieso que él es tu verdadero padre.

Si nunca te lo nombré fue porque cuando salí embarazada de ti yo trabajaba en su casa, empleada como sirvienta.

Pero la esposa de Don Nicomedes cuando me vio barrigona me echó y me dijo que me largara bien lejos con mi muchacho bastardo y que más nunca regresara y que no se me ocurriera

decirle a nadie que esa barriga era de Don Nicomedes porque si no me iba a ir muy mal.

Yo de alguna manera pensé que Don Nicomedes algún día vendría a saber de ti, pero no fue así. Al tiempo me enteré que su esposa había muerto de parto y el niño también.

Un inesperado día tu padre se me presentó en el rancho y me dijo que quería conocerte pero ya yo vivía con Lázaro y me dio mucho miedo.

Entonces le dije que se fuera, que ya era demasiado tarde para eso y que no lo quería volver a ver.

Más nunca supe de él, hasta hoy que el padre Bagdolio me trajo esto que llaman “testamento” y junto con esta carta te la guardo en el único sitio seguro que pienso que Lázaro no lo encontrará jamás, que es detrás de éste cuadro.

Conociéndolo, como lo conozco, sé que no te va a dejar en paz hasta que no te quite todo lo que es tuyo, él nunca te quiso, tal vez porque tú eres hijo de otro hombre y yo la verdad mijo, no quiero que te siga haciendo daño.

El padre es el único que sabe de la existencia de este testamento y de la carta, él te va a decir dónde los tengo guardados pero cuando ya seas mayor de edad.

Hijo, si cuando te entreguen esta carta yo ya no estoy porque

Diosito me llamó, espero sepas perdonarme algún día.

Si actué de esa manera y jamás te dije la verdad de tu origen fue para protegerte.

Una sola cosa quiero pedirte, por favor hijo, no desampares a tus hermanos, búscalos.

Se despide de ti, tu madre con todo su amor,

Asunción Liscano.

Cuando José Tomás terminó de leer las últimas palabras de la carta ya las lágrimas no lo dejaban ver. Lloraba como un niño, se aferraba a la carta, se la pasaba por la cara y por el corazón.

La leyó tantas veces como pudo y lloró encima de ella, que casi le termina de borrar las letras.

XII

LAS PALABRAS DE DON EMILIANO

“El tío”

-¡Carajo! Me dejas mudo mijo. La verdad no sé si llamarte sortario.

-¿Acaso cargas una pepa de zamuro, o una pionía o qué?

-“Tienes más plata que un vende burras” ¡Eso es un dineral en tierras y propiedades!

¿Y qué piensas hacer?

-La verdad no sé, tío. Me siento como tarambana, tengo mucha tristeza pero a la vez tengo alegría.

¿Qué será eso?

-¿Eso?

- Creo que a eso lo llaman... ¡Sentimiento! Si no estoy equivocado.

-Haga lo que tenga que hacer mijo, usted es un palo de hombre, un maute con guáramo.

-Ayúdeme tío, no me vaya a dejá sólo con esto.

-Claro que sí, cuenta conmigo José Tomás de ahora en adelante

¡Yo seré tu espaldero!

-Lo primero que vamos a hacer es ir al pueblo y hablar allá con un Abogado amigo mío, el licenciado Remigio Salvatierra.

Dicen que él es muy bueno con los pobres y si no tienes pa' pagarle el acepta cualquier cosa ¡Hasta gallinas!

LA LEGALIDAD DE LOS BIENES

“El abogado Salvatierra”

-Aquí todo está en orden José Tomás, indiscutiblemente que tú eres el único heredero de Don Nicomedes Duin Zerpa.

-Este testamento está legalmente constituido, he corroborado toda su autenticidad. Fecha, firma, propiedades, ¡Todo es tuyo, muchacho!

-Pero hay un solo problema, qué averigüé que la hacienda “El Pedregal” desde la muerte de Don Nicomedes está habitada por un tal José Duin, quién dice que es hijo del difunto y tomó posesión de las propiedades una vez fallecido Don Nicomedes.

-Pero no te preocupes que hoy mismo empiezo a hacer mis averiguaciones para ver qué tan legal es la estada del supuesto hijo y me tiene que mostrar todo; documentos, testamento o cualquier cosa que lo vincule a la herencia. De lo contrario tendrá que desalojar inmediatamente la casa y la hacienda y todo cuanto le pertenecía a Don Nicomedes.

-Cónchale, abogado, la verdad es que yo prefiero dejar las cosas así, mejor me olvido de eso y sigo con mi vida de pobre, pero tranquilo.

-Pero... ¿porqué José Tomás? ¿A qué le tienes miedo?

-Le preguntó preocupado Emiliano.

-Es que la verdad, yo ya no quiero esas tierras.

¿Pero porqué?

-Preguntó también el abogado.

-Tío, usted se acuerda cuando me encontré moribundo aquel día, en el río de Loma Curigua?

-Sí, claro... ¡Cómo se me va a olvidar!

-Bueno fue ahí mismito en esa hacienda, donde me golpearon, dónde me arrancaron parte de mi vida, dónde el desgraciado del Cojo Baudilio al mando de "El Patrón" José Duin, por poco me mata.

-Imagínese tío, como me les enfrento a guaros tan fieros como éstos, que son unos asesinos despiadados.

-Na'guará...Tienes razón mijo, tienes razón.

-¡Pero qué carajo! ¡Yo no le tengo miedo ni al propio diablo que venga en persona a hablar conmigo!

-El abogado se santiguó tres veces seguidas.

-Y José Tomás tragó grueso y mirándolo fijamente a los ojos le dijo:

-Así se habla tío, entonces yo tampoco tengo porqué sentir miedo, más bien tengo “cuentas pendientes” por cobrarles a éstos dos asesinos.

José Tomás le firmó un documento al abogado antes de salir, dónde le daba poder para gestionar toda la legalidad de sus bienes.

Se dieron un fuerte apretón de manos “sellando un trato” y lo que más adelante sería...

¡Una gran amistad!

Los dos hombres salieron del despacho del abogado Salvatierra llenos de esperanzas pero también de incertidumbre. Sabían que no era fácil, pero lo que nunca se imaginaron ninguno de los tres, era lo “difícil” que vendría después.

XIV

LA VISITA

“Ta’s avisao”

Remigio Salvatierra era un hombre de pocas palabras, pero por su profesión de abogado se había convertido en una persona directa.

No le gustaban los rodeos, ni las pérdidas de tiempo, ni las antesalas, ni las hipocresías. Y mucho menos, las mentiras.

Cuando algún cliente le encomendaba un caso, primero averiguaba bien quién era la persona y si por casualidad descubría que no estaba actuando de buena fe, no le hacía el trabajo. Simplemente le decía “búsquese otro abogado” yo no me presto para eso.

Gozaba de una gran estima en Barquisimeto, en el Tocuyo, en Sanare, en Quíbor y todos los recónditos lugares inimaginables del Estado Lara.

Se había graduado de abogado en España dónde ejerció al principio su profesión, se casó allá con una preciosa mujer Andaluza y después se vino a su país de origen Venezuela, con su familia y se quedó enamorado de Quíbor para siempre.

Se caracterizaba por su seriedad y sus grandes bigotes negros

que le hacían juego con sus elegantes trajes y su pequeño metro cincuenta de estatura.

Estacionó su Volkswagen Escarabajo gris 1.938 en la entrada principal de la “Casa grande” de la hacienda El Pedregal y caminó con pasos firmes y seguros hasta la inmensa puerta que la abría de par en par una sirvienta tras el leve golpe de sus nudillos.

-Muy buenos días señora, si es tan amable, ¿me puede anunciar con el dueño de la casa?

Dígale que aquí está el abogado Remigio Salvatierra, por favor.

Pasaron unos veinte minutos aproximadamente, cuando apareció en el salón principal de la casa, José Duin, un hombre de aspecto desagradable, con una leve hendidura en el labio superior y una mirada dura y escrutadora la cual no se hizo indiferente a los ojos del abogado.

Vestía un impecable liquilique blanco cerrado y con botones de oro en el cuello, también llevaba un foete de cuero en la mano derecha y dos grandes anillos de oro macizo en cada dedo.

Se le quedó mirando fijamente al abogado y le preguntó:

-¿Cómo paqué que soy bueno, abogado?

El abogado también se le quedó mirando fijamente.

-Muy buenos días señor, tengo entendido que es usted el propietario de la hacienda el pedregal, ¿cierto?

-Sí, eso es muy cierto ¿Y qué pasa con eso?

-Bueno déjeme decirle, que lo que pasa con eso es que apareció otro dueño de la hacienda “El Pedregal”, ¿qué le parece?

-Ah carajo... Eso me parece muy malo abogado, muy malo.

-Aquí que yo sepa, el único dueño soy yo. No hay otro, abogado.

-Va sie cará. Yo soy el único hijo de Nicomedes Duin, así es que mejor se larga con su cuento chino a otro lado.

-Y mire yo también tengo mi abogado y le garantizo que es mucho mejor que usted.

-Mejor váyase por donde mismo vino que yo estoy muy ocupado en este momento y voy saliendo hacía un negocio pa Barquisimeto.

-Entonces hágame un favor “único dueño” dígame quien es su abogado para tratar directamente con él y que sea “su abogado” el que le haga saber todo lo concerniente a los documentos

legítimos y originales que debe consignar en mi despacho para presentarlos ante el juez y diligenciarlos a la mayor brevedad posible.

- No hay problema abogadito. Mi abogado es Marcelino Fuenmayor y lo consigue en...

-¡No se preocupe! -Lo interrumpió Salvatierra.

-Yo conozco muy bien a su abogado. Que tenga usted buenas tardes.

Y dando media vuelta, salió cerrando la puerta a sus espaldas.

El patrón, como le decían, se dio cuenta de inmediato que el abogado no era ningún pendejo y murmuró hacia adentro, rozando su diente de oro con el deforme labio leporino.

- Eso lo veremos abogadito. ¡Eso lo veremos!

EN LA CASA DE DIOS

“La confesión”

En Loma Curigua amaneció más temprano que nunca.

José Tomás y Santos conducían la camioneta de Emiliano rumbo a Quíbor, necesitaba ubicar de inmediato al padre Bagdolio.

En su cabeza saltaban las preguntas y ya de una vez, quería las respuestas.

El padre era un hombre de ochenta y nueve años y estaba sumamente enfermo. Una artritis deformante lo tenía postrado en su cama de la casa parroquial.

Hablaba pausado, lento, y sus ojos ya casi no podían alcanzar ni la débil lucecita que se colaba por las largas y finas cortinas que arropaban su habitación.

Cuando José Tomás entró por la puerta del cuarto sintió un escalofrío que le recorrió todas las partes del cuerpo.

No sabía por qué, pero sintió que el padre lo estaba esperando y así fue...

-¡Lo estaba esperando!

Cuando José Tomás le dijo quién era, él trató de sentarse, pero

no pudo. José Tomás se sentó a su lado y le tomó cariñosamente las manos. Sintió tanta ternura por aquel hombre que al final de cuentas le cambiaría toda su vida.

Fueron varias las horas que estuvieron juntos. No hubo necesidad de hacer preguntas, él sabía a qué había ido el hijo de Asunción y de Nicomedes; y lentamente, con mucho esfuerzo le dio todas las respuestas.

José Tomás se dio cuenta que el padre estaba muy cansado y antes de irse, le dio las gracias y lo besó en la frente y él, le sonrió dulcemente y le echó la bendición.

José Tomás iba callado, pensativo y una gran tristeza se reflejaba en su rostro.

Santos manejaba de regreso, respetando el silencio de su amigo, de su hermano.

Cuántas verdades y mentiras y cuánta tristeza merodeaban sus sentimientos encontrados.

No podía creer lo que el padre le había contado y menos que en el mundo hubiese tanta maldad y esa maldad se encerraba en el mismísimo cuerpo de un solo hombre: “José Duin”

Que no era otro que José Avendaño, un mal hombre que le había robado todo, haciéndose pasar por el heredero y el hijo de su padre.

Un día, José Nicomedes Duin, había comprado un ganado en San Antonio del Táchira, reses que le había vendido un acaudalado hacendado de la región; Justiniano Vielma a un excelente precio.

El caso era que Avendaño trabajaba como peón en la hacienda de Vielma y cuándo vio que los dos hombres hacían negocios dónde había una buena plata por delante, se le ofreció a Don Nicomedes como peón, diciéndole que él tenía a su familia en Barquisimeto y que deseaba estar más cerca de ellos.

Nicomedes, que era un hombre noble y de muy buen corazón, aceptó traérselo y lo metió a trabajar en su hacienda “El Pedregal”.

No pasaron muchos días cuando Avendaño averiguó todo sobre Nicomedes. Supo de inmediato que era un hombre solo, sin familia y sin hijos, pero con mucho real y dueño absoluto de las inmensas tierras del Pedregal.

Pero al mismo tiempo y como cosas del destino, Don Nicomedes también se enteraba de quién era José Avendaño.

Un peón de la hacienda llamado Juvenal, lo había reconocido de inmediato.

Eran paisanos del mismo pueblo, más allá de la frontera con el río Arauca. Juvenal sabía que Avendaño era un peligroso delin-

cuenta buscado en Colombia y en varios estados de Venezuela, por asesinatos, robos y otras fechorías.

Cuando Avendaño supo que al “paisa” se le había ido la lengua, tomó cartas en el asunto y más nunca se supo absolutamente nada de Juvenal.

La noche de la desaparición del peón, Nicomedes había decidido echarlo de sus tierras y dar parte a la policía, pero mientras cenaba “alguien” le dio un certero golpe en la cabeza dejándolo medio inconsciente, pero él aún herido en el piso, logró ver a su atacante, a “José Avendaño”

Don Nicomedes jamás se pudo recuperar del golpe, los médicos no daban con lo que tenía y poco a poco se fue desmejorando y hundiendo en un letargo.

Por órdenes del médico de cabecera, llamaron al padre Bagdolio, quién además era su gran amigo de la infancia.

El padre a duras penas logró hablar con él, pequeñas palabras salían de su boca, pero aun así, Don Nicomedes haciendo el mayor de sus esfuerzos, le contó todo al sacerdote.

Y así, de esa manera fue como Avendaño se presentó en el pueblo. Después de la muerte de Don Nicomedes les dijo a todos que era su hijo y que venía del Táchira dónde vivía con su madre desde que nació.

Despidió a todos los peones y trabajadores de la hacienda y comenzó a traer “gente rara” de otros estados.

Santos detuvo la marcha y José Tomás saltó como una cerbatana de la camioneta y allá, en un clarito del camino, vomitó hasta el último suspiro.

Su gran amigo lo abrazó y él lloró frenéticamente como el día en que murió su madre, pero ahora lloraba por ese hombre su padre, que sin haberlo conocido sintió que también lo amaba.

“MÁS SABE EL DIABLO POR VIEJO QUE POR DIABLO”

“Ave María Purísima”

Ya casi era la media noche cuando los perros comenzaron a ladrar anunciando la llegada de los muchachos.

A pesar de la tristeza y la nostalgia, José Tomás escuchó todos los consejos de Emiliano Colmenárez. Consejos sabios, consejos que su padre nunca le pudo dar pero que ahora lo tenía a él para escucharlo.

Aquel hombre noble que una vez le salvó la vida, que lo albergó en su casa y en su corazón sin importarle absolutamente nada y ahora lo abrazaba como solía hacerlo cuando apenas era un niño grande de quince años.

Amanecía en Loma Curigua y los pocillos de café iban y venían.

Nadie durmió esa noche, pero habían hablado todo lo que tenían que hablar.

Habían tomado una decisión, habían sellado un trato, habían hecho un plan, se habían trazado una meta, habían llegado a un acuerdo y era el de recuperar la hacienda “El Pedregal”.

- Pase lo que pase, cueste lo que cueste y caiga quién tenga que caer, lucharemos hasta el final contra esos malvivientes, pero eso sí, a través de la Ley.

-Primero hay que esperar a ver que dice mañana el abogado y dependiendo de eso, esperemos a que se haga justicia.

-Esos lambusios no se pueden salir con la suya así nada más, tenemos que denunciarlos en la policía para que los metan en los calabozos a toditos.

LOS BANDOLEROS

“El enfrentamiento”

El abogado Fuenmayor no tenía argumentos para rebatir las pruebas que le enfrentaba Salvatierra.

Por más que intentaba convencer al abogado de que el testamento de Nicomedes Duin a su único hijo José Duin era legítimo, el abogado comprobaba fehacientemente que el documento era tan falso y tan trucado como éste y su cliente.

Legalmente él abogado no tenía maneras de demostrar nada, se hizo examinar la letra y la firma de Don Nicomedes con un experto en la materia, arrojando la verdad “Falso”.

-Déjeme decirle Fuenmayor, que es una vergüenza que hombres como usted ejerzan la profesión de abogado.

Usted es tan cómplice y culpable como José Avendaño, por forjar un testamento y eso lo convierte también en un criminal.

Manipuló fechas y firmas y se encargó irresponsablemente de ésta gestión, aceptando las dádivas de su cliente para “ejecutar” este acto tan sucio y bochornoso.

Usted actuó en su propio beneficio y la de esos bandoleros para lucrarse con los reales y eso es un delito que se paga con cárcel.

No tiene moral ni ética, por lo tanto déjeme decirle que “leguleyos” como usted, no le hacen honor a nuestra profesión de abogados.

- Usted no tiene pruebas contra mí, Salvatierray le va a costar muy cara esta ofensa y éstas injurias hacia mi persona, mi reputación vale mucho.

¡Sí tengo pruebas y no me amenace!

Y no se equivoque “licenciado” su reputación no vale nada, en nuestro círculo de abogados usted está muy mal visto y todo el mundo sabe cómo es que ha hecho tanto real.

Y libre Dios que no me ocurra nada, porque José Tomás Duin y mi persona ya los denunciamos y en cualquier momento tendrán que rendir cuentas a la Ley.

XVIII

A CORRER, QUE LLEGÓ LA POLICÍA

“Pa’ la carcel”

El abogado Salvatierra, José Tomás, los Colmenárez y casi todo el cuerpo policial de Quíbor, hicieron esa tarde acto de presencia en la hacienda El Pedregal.

El Jefe de la policía al mando, Artemio Peraza, gritó desde afuera de la casa grande dando la orden de que salieran todos los que se encontraban adentro a la vez que varios policías a caballo y otros en bicicletas, hacían un recorrido por toda la hacienda tratando de averiguar y de aprehender a quienes resultaran sospechosos e involucrados.

José Avendaño, que no era ningún inexperto en la materia, se había enconchado con sus secuaces que ya estaban “armados hasta los dientes” en diferentes sitios de la hacienda, para no ser emboscados.

Eran hombres peligrosos y decididos a todo y ya tenían armado su botín.

Habían sustraído de la casa una gran cantidad de joyas de incalculable valor, provenientes de la familia Duin Zerpa, mucho dinero en efectivo producto de años de trabajo y esfuerzo de Don Nicomedes.

En un abrir y cerrar de ojos, desacatando la orden dada por el Jefe de la Policía, los matones que estaban dentro de la casa comenzaron a disparar a diestra y siniestra contra el grupo policial que se encontraba apostado en las cercanías de la casa.

Pero una lluvia de balas enfurecidas les respondió enseguida, cayendo algunos por las ventanas y otros por los balcones.

Momento que aprovechó Artemio Peraza para abrir de una certera patada la inmensa puerta de la mansión y entrar con otros policías.

Sigilosamente se fueron deslizando por varios cuartos de la casa de donde salían y entraban tiros.

Unos cuantos criminales cayeron muertos pero también dos buenos policías al servicio del pueblo.

Cinco criminales se entregaron a la fuerza policial sin oponer más resistencia.

Algunos pedían clemencia y alegaban que estaban allí en contra de su voluntad, que Avendaño los tenía de rehenes.

-A lo que alegó el Jefe policial, ¡Eso lo averiguaremos en la cárcel!

En una de las habitaciones de la casa, exactamente al fondo de la cocina, estaban tres sirvientas llorando, amarradas de pies y

manos fuertemente con un mecate.

Fueron liberadas, pero bajo la orden de declarar en la comisaría al día siguiente muy temprano en la mañana.

En un santiamén la casa quedó convertida en un cementerio, había hoyos de balas por todas partes, cortinas rotas, muebles ensangrentados, revólveres y machetes esparcidos cerca de los cuerpos.

José Tomás, y los Colmenárez se unieron a la policía en la búsqueda de Avendaño y de los demás delincuentes, internándose monte adentro en la inmensa hacienda.

Emiliano les suplicó a los muchachos que lo dejaran ir solo, que era sumamente peligroso y que no quería perder otro hijo.

Pero los muchachos no estaban dispuestos ni a morir ni a que mataran a su viejo querido.

-Tranquilo papá, ya no somos unos tripones ¿No se ha dado cuenta de que crecimos?

Sí ya sé qué crecieron, pero para mí ustedes siempre serán unos niños.

-Bueno, no se hable más del asunto, dijo José Tomás.

Vámonos, ya se hace tarde y después es más difícil conseguirlos en la noche. Sí, vamos, no vaya a ser que se escapen por

las laderas del río.

Emiliano les había dado dos armas a los muchachos y con la que él llevaba eran tres.

Santos sabía disparar porque su padre lo había enseñado a cazar desde muy pequeño, pero José Tomás jamás había tocado una en su vida y estaba impresionado.

Emiliano sintió la preocupación del muchacho y le dijo:

A la hora de una vaina, no le tiemble el pulso.

Estás viendo esto que está aquí, eso se llama gatillo, agarras el revólver así y “Pum” echó un disparo al aire que le sonó en los oídos a José Tomás como un cohete de las fiestas patronales.

Santos echó la mejor carcajada de su vida y Emiliano lo regañó exigiéndole compostura.

Y empezaron a caminar ocultándose de vez en cuando entre los matorrales, parecían liebres rápidas y escurridizas hasta a los ruidos de las chicharras.

Había policías por todas partes.

Algunos iban a pie, otros en bestias y otros en bicicletas.

Los que andaban a pie buscaban rincón por rincón sin desestimar ningún hueco hecho por la madre naturaleza.

Los que montaban las bestias hacían grandes y repetidos recorridos saltando cualquier obstáculo del camino de una manera más rápida y segura.

Los que montaban sus bicicletas tenían mucho que pedalear, pero valía la pena porque eran bicicletas muy nuevas y bien construidas.

Comenzaban a oírse a lo lejos algunos disparos.

No se sabía de parte de quién, si de los buenos o de los malos, pero seguían disparando.

Los que iban, algunas veces veían venir a algún policía con un preso, con un herido y hasta con un muerto en el lomo.

Y también veían venir a algunos policías heridos y muertos montados en las bestias de sus compañeros.

Abel Lozada era un joven policía con muy poco tiempo de servicio, él iba en la misión montado en su bicicleta cuando de pronto se le cruzó en el camino uno de los asesinos.

No pudo sacar su arma, porque necesitaba ambas manos para maniobrar y como un loco desesperado corrió a tal velocidad que tampoco le dio chance al delincuente de sacar la suya y tirándose encima con bicicleta y todo logró dominarlo por completo, entregándosele más adelante al jefe, Artemio Peraza.

El bandolero gritaba desesperado:

¡Quítenmelo, quítenmelo de encima!

Ese zipote casi me mata con su piazo é bicicleta.

Por ahí en los años de 1948, después de la segunda guerra mundial, una señora llamada Ernesta Benotto de Torino Italia, motivada por la bonanza petrolera de un pequeño país, allá en la “América” decide viajar a Venezuela a montar una sucursal de Benotto.

Y después de una larga travesía en barco, llega al puerto de la Guaira con 200 bicicletas.

Sólo en cuestión de meses, muchos venezolanos especialmente en el interior del país utilizaban la bicicleta como medio de transporte, siendo favorecidas las policías de algunos Estados y entre ellos, Lara.

Y el valiente de Abel, así se lo demostró no solamente a la policía, sino también a un delincuente, que creyó que podía correr más duro que su bicicleta Benotto.

XIX

CUENTAS PENDIENTES

“La búsqueda”

Quince hombres conformaban la larga fila de delincuentes presos que estaban al margen de la Ley.

Ocho muertos y cinco heridos por resistirse al arresto policial.

Todos serían trasladados a la cárcel de Barquisimeto con sus respectivos expedientes y los muertos serían enterrados en el cementerio de Quíbor.

Pero no todo estaba concluido para el Jefe de la Policía, faltaba el peor de todos, el cabecilla de la banda, José Avendaño, con sus cómplices de fechorías; Baudilio Barragán, alias “el cojo Baudilio” y el abogado tramposo Marcelino Fuenmayor.

La búsqueda se hizo intensa, al abogado lo encontraron tratando de fugarse en una avioneta privada que tenía escondida en unos terrenos de su propiedad.

Cuando la policía por fin le echó mano, repetía hasta el cansancio que él no había hecho nada, que era inocente de todos los cargos que le imputaban y que llegaría hasta la misma corte celestial si era posible, para demostrar su inocencia.

José Avendaño y Baudilio Barragán, parecía que se los había tragado la tierra. No hubo sitio bajo las piedras dónde no se les buscara.

Al día siguiente, toda la policía completa de Quíbor, buscó incansablemente a éstos dos hombres, que inexplicablemente “se habían extinguido” de la faz de la tierra.

Había mucho cansancio para seguir buscando y el Jefe de Policía se retiró con sus hombres.

Pero antes de irse, les prometió a José Tomás y a los Colmenárez que en menos de lo que canta un gallo, le entregaría a la justicia a éstos dos hombres que tanto daño le habían hecho.

LOS BIENES

“El inventario”

Ya había transcurrido un año. Un larguísimo año desde que José Tomás había recibido de manos del Abogado Salvatierra sus posesiones.

Con la ayuda de dos buenas sirvientas la casa tomó brillo de nuevo y se puso cada cosa en su lugar.

Esa impresionante casa bella y grande, como la había soñado una vez cuando era un niño y que ahora sólo le pertenecía a él y ya no podría compartirla con su madre.

Una vez más y sin poderlas contener, las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Las inmensas cortinas rojas de terciopelo hacían un impresionante contraste con la sencillez y la humildad de José Tomás y todos aquellos lujosos muebles de estilo Luis XV, que adornaban el salón principal de la casa.

Tenía en sus manos un inmenso “Inventario” de bienes que le había entregado Salvatierra, para que corroborara la existencia del mobiliario con el documento.

La casa estaba llena de cuadros famosos, vidrios firmados, es-

culturas, cubiertos de plata y porcelana.

En otros salones de la casa se exhibían hermosos muebles coloniales, un gran escritorio, percheros de pared, cántaros antiguos, butacas de nogal, baúles de roble y vitrinas de caoba.

En el corredor principal había una gran colección de relojes de sobremesa de cristal tallado, dos relojes Ingleses; un Grandfather y un reloj de campana, uno Alemán en Palo de Rosa, otro de bronce y tres Kuku Selva Negra de roble Alemán.

Inmensas vitrinas decoradas con platos de Meissen, tasas inglesas, figuras de marfil, alfombras de lana y seda hechas a mano, lámparas de aceite de opalina en cobre y hierro fundido.

Por toda la casa había espejos pan de oro dorados en madera, jarrones, monedas antiguas, bodegones y objetos de plata y alpaca.

En los altísimos techos y en diferentes muebles se lucían lámparas de porcelana oriental, y antiquísimas lámparas “Araña” colgantes en bronce de cinco luces, de porcelana europea y varias lamparitas de alabastro.

En la habitación principal dónde dormía su padre, se podían admirar las cortinas tejidas a crochet en hilo, con borlas en seda, la cama con piecera y cabecera labrada y mesitas de luz estilo Luis XV.

En las otras habitaciones había hermosas camas de bronce, sillones, mesas de despacho, armarios, bancos y taburetes, consolas, muebles de entrada y más percheros.

En una de las habitaciones se podía leer en la puerta, herméticamente cerrada, un letrero que decía “DESPACHO”

José Tomás usó una llave para abrir entre las treinta llaves que tenía en su mano y su impresión fue inmensa al ver una pila de retratos de hombres viejos y que él no sabía quiénes eran o si también eran parte de la familia.

Pero enseguida descubrió una pequeña plaquita montada a un lado de los cuadros en oro y madera que decía nada más y nada menos que; “Presidentes de Venezuela”

Y poco a poco fue leyendo nombres, fechas, y mirándoles a la cara, iba repitiendo sus nombres.

El primero era un tal general José Antonio Páez, luego el Doctor José María Vargas, Andrés Navarrete y en ese mismo orden siguió con los Generales Carlos Soublette, José Tadeo Monagas, José Gregorio Monagas y Julián Castro.

Luego venía el político Manuel Felipe Tovar y otros generales; Juan Crisóstomo Falcón, José Ruperto Monagas, Antonio Guzmán Blanco, Francisco Linarez Alcántara, Joaquín Crespo, Hermógenes López, Juan Pablo Rojas Paul, Ignacio Andrade,

Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

José Tomás no entendía nada de política, pero se preguntó intrigado:

¿Y dónde carajo está mi general Marcos Pérez Jiménez?

Claro, el general debería estar allí, porque era 1955, pero no estaba por qué el que colgaba los cuadros ya tampoco estaba.

Alrededor de los cuadros había unos inmensos armarios de madera labrada, repletos de libros amarillentos y empolvados.

José Tomás fue sacando uno por uno de los que tenía más cerca, el primero que abrió decía “Rimas” de Gustavo Adolfo Bécquer, luego “Mujercitas”, Las Mil y una Noches, Don Quijote de La Mancha, El Diario de Ana Frank, Viaje al Centro de La Tierra, El Lazarillo de Tormes, el Retrato de Dorian Gray, Robinson Crusoe, La Vida es Sueño y “La Celestina”.

Eran demasiados. Jamás había leído un libro así de grande y entonces recordó que el único librito que había leído en toda su vida fue el de catecismo, con Asunción, cuando no tenían trabajo por hacer.

Los fue colocando nuevamente donde estaban, pero sin saber por qué razón se quedó con uno, “La Vida es Sueño” de Pedro Calderón de la Barca, escrita en 1635.

Más adelante José Tomás sabría que este era el drama sobre la historia de un Príncipe Polaco, a quién su padre encierra en una cueva, para eludir los negros pronósticos de los astros. Luego el Rey se arrepiente y decide tentar a la fortuna liberando a su hijo.

Y comienza entonces un ir y venir entre la realidad y el sueño, en el que el hijo desafía al padre. Es una obra de hondo contenido que aborda el honor, el libre albedrío, la predestinación y condición de realidad de cuanto nos rodea y muy dada a los temas relacionados con el engaño de los sentidos.

Al principio, la contemplación de las obras carecía de significado para José Tomás, pero en muy poco tiempo comenzó a apreciar las obras artísticas de la casa.

Se dio cuenta que su padre vinculaba el arte con la naturaleza y notó que le gustaban los paisajes, los monumentos, las pinturas y las esculturas.

Todo eso era de un gran valor, no sólo monetario sino espiritual, porque allí estaba representado su padre y ahora él también estaba allí y podía contemplar esos cuadros y oír música, porque a él le había dejado todo.

Originalmente y de acuerdo a lo que decía el testamento, la casa era de un comerciante de origen español, llamado Lorenzo Rodríguez de Alba.

Era un hombre muy rico que se dedicaba a comerciar con valiosas obras de arte barroco y de todas partes del mundo. Para él era un verdadero disfrute traer por barco todas esas colecciones y objetos artísticos.

Indudablemente que era un hombre de exquisitos gustos por el arte, los muebles y los buenos libros.

Pero un día enfermó gravemente y se vio en la imperiosa necesidad de vender sus tierras con todo lo que tenía adentro y el mejor postor fue Don Nicomedes Duín, quién era su amigo personal y que durante muchos años compartieron juntos la lectura, la buena música, los buenos ratos y los juegos de ajedrez.

Don Nicomedes no sólo era amante del arte sino que también le gustaba trabajar en los cultivos, entonces convirtió las tierras compradas en una verdadera hacienda.

Sembró y cultivó maíz, caña, frijoles y caraotas, arroz, ocumo, ñame, papa, yuca, auyama, plátano, café y cacao.

Compró bestias de carga, algunos burros y bueyes para conducir el arado y caballos para los trabajos de arreo.

Crió gallinas y cochinos y al cabo de poco tiempo ya era dueño de unas 250 reses.

Tenía 50 peones. Unos eran baqueanos, otros ordeñadores, domadores, punteros o cabestreros que conducían y arreaban

el ganado.

Aparentemente, tenía todo lo que había soñado. Pero no tenía la felicidad.

El abogado Salvatierra estuvo a punto de divorciarlo dos veces. Dicen que entre él y su esposa ya no había intimidad y dormían en camas separadas.

Se había roto el amor y entonces Don Nicomedes en su soledad se enamoró de Asunción, una hermosa muchacha de grandes ojos azules y rostro angelical que servía en su hacienda.

Cuando Doña Catalina Oviedo se enteró de que la muchacha estaba embarazada armó tal escándalo y la echó bajo amenazas de muerte de la casa.

Dicen que le dio tanta rabia saber que Don Nicomedes tendría un hijo con otra que lo buscó una noche y también quedó embarazada, pero con la mala suerte de que tanto ella como el niño murieron el día del parto.

Un fuerte toque en la puerta sacudió a José Tomás que se encontraba absorto en sus pensamientos. Era Emiliano Colmenárez que acababa de llegar.

Debían ir a contar las cabezas de ganado y dar instrucciones a algunos de los viejos peones de Don Nicomedes que habían vuelto a la hacienda, con ganas de echar para adelante El Pe-

dregal.

Como el viejo Anselmo Lucena, antiguo peón de Nicomedes con sus famosas botas con herraduras y quién era un experto arreando el ganado.

También gente nueva y decente que había llegado a la hacienda con ganas de trabajar.

Los colmenares iban y venían, también tenían sus cultivos floreciendo para las cosechas y Santos estaba al frente como siempre de “La Morocota”

GUERRA AVISADA

“Ojo pelao”

Una noche de intensa lluvia, de truenos y relámpagos, Miguelito Rondón uno de los peones de la hacienda, tocaba desesperadamente la puerta principal de la casa grande.

Ante los gritos y los fuertes golpes, José Tomás fue a ver qué pasaba. El hombre envuelto en un largo caucho negro y con los ojos desorbitados y casi sin poder hablar, susurraba:

-¡Están muertas, están muertas!

Sin comprender nada de lo que estaba pasando, José Tomás le pedía que se calmara.

-Tranquilo hombre, tranquilo. ¿Qué es lo que pasa? ¿Quiénes están muertas?

-¡Las vacas patrón, las vacas!

-Venga paque vea, les cortaron la cabeza patrón.

-¿A todas?

-No patroncito sólo a dos, es horrible.

Y santiguándose nervioso y seguido, el hombre repetía:

-¡Parece obra del diablo, parece obra del diablo!

Los dos hombres se fueron hasta las vaqueras y allí estaban, completamente degolladas, en un gran charco de sangre.

Cada una tenía un balazo en la cabeza, pero lo más triste es que la hembra, tenía en su abultado vientre a un ternero que ya iba a parir, pero tras la agonía de su madre, había muerto también.

Esto le partió en dos el corazón a José Tomás, que no salía de su asombro al ver tan asqueroso y a la vez triste espectáculo.

- Y se preguntaba.

-¿Quién sería capaz de hacerles tanto daño a animales tan nobles e indefensos?

-¿Y por qué?

La verdad es que ni él ni los peones conseguían respuestas.

Algo que les indicara el motivo o la razón de la tragedia.

Los peones decían que era obra del diablo. Otros que eran los que habían muerto en la hacienda que estaban cobrando venganza.

Artemio Peraza, el jefe de la policía, no creía en espantos y mucho menos en aparecidos.

Le llamaba poderosamente la atención de que no hubiese robo alguno y con esa picardía de viejo policía - le dijo a José Tomás:

-Mire mijo, esto no es obra ni del diablo ni de un muerto, esto es obra de un vivo y me tiene el río revuelto.

-Lo que me parece raro, prosiguió diciendo-

-Es por qué mata a las vacas, ¿Cuál es el sentido?

-Estaré “pendiente” de lo que pase aquí.

-Le agradezco mucho.

-Le dijo José Tomás. ¡Yo también estaré pendiente!

-Pa lante entonces rabopelado, que gallina no ve de noche y no te preocupes esto no sólo lo hago por qué soy policía, sino por ti muchacho por qué eres el hijo de mi gran amigo Nicomedes a quién yo apreciaba tanto.

En la hacienda nadie advertía la presencia ni de muertos aparecidos ni de vivos por aparecer y en un abrir y cerrar de ojos, todo volvió a la normal tranquilidad.

A pesar de las circunstancias y los altibajos que habían padecido, seguían con la misma fuerza, la misma emoción y el mismo sentimiento de lucha y trabajo.

Los campos cultivados, los animales, los ordeños y los trabajadores de “El Pedregal” con sus mujeres y sus hijos amanecían en sus labores día tras día.

Entre el quiquiriquí de los gallos, el exquisito café de la hacienda, el queso, el suero, las arepas de los budares, los lazos de unión y cariño que nacía entre José Tomás y esa buena gente, las tierras de Nicomedes Duin, resplandecían y progresaban.

SOMBRAS

“No estaba muerto, estaba de parranda”

Las aguas se recogían en su cauce y de lo que había pasado ayer, ya hoy de eso no se hablaba.

Las imágenes de destrucción y muerte se borraban con el tiempo, dando paso a nuevos caminos y a nuevos comienzos.

Pero no pasó mucho tiempo, cuando una noche bien entrada en la espesura de la niebla un grupo de campesinos de la hacienda, buscando sus caminos en la oscuridad, vieron cuando pasó una sombra.

No era una sombra cualquiera, tenía un resplandor luminoso que se movía con gran rapidez entre los gamelotes.

Los hombres se quedaron sin voz, tenían atragantada la saliva y no daban crédito a lo que acababan de ver.

Las piernas temblorosas no obedecían y las manos no lograban sacar sus afilados machetes.

Se miraban entre sí con los ojos desorbitados por el susto y en veloz carrera emprendieron el regreso hacia sus casas.

Al día siguiente se corrió la voz en la hacienda de que un espanto merodeaba por esos montes.

No se hablaba de otra cosa que no fuera de la sombra luminosa.

José Tomás trató de tranquilizarlos. Y les dijo:

-No podemos cerrar los ojos ante cosas como ésta, si dejamos que el miedo nos invada jamás sabremos de que se trata y yo no creo en sombras ni nada de esas vainas, así que “muerto el perro se acaba la rabia” ¿no les parece?

-Y pa mí, que ustedes tenían unos cuantos guamazos encima.

-No patrón, yo ayer no tomé ni guarapo en pocillo.

-Yo sí me tomé dos pero yo con eso ni pestañeo.

-Bueno, bueno. Vamos a hacer un largo recorrido esta noche, a ver si se nos aparece de nuevo la sombra y más vale que no se aparezca, porque a la primera le doy un tiro.

Después de las faenas del campo bien entrada la noche, José Tomás se fue hasta los gamelotes con varios de sus peones.

Iban armados con machetes, palos y cuchillos y hasta el revólver de Don Emiliano iba en esa procesión.

Habían buscado por todas partes al supuesto espíritu luminoso,

pero cuando ya llevaban dos horas y no había pasado nada, decidieron regresar.

José Tomás aprovechó para burlarse de los rancheros que enrojecían de vergüenza ante la mamadera de gallo.

LA VENGANZA

“El bandido de Avendaño”

Lo que comenzó como un cuento de espantos, se había convertido en una historia verdadera.

Al principio todo parecía inventado por la imaginación de varios hombres que repetían hasta el cansancio que veían sombras, luces, hombres con sombreros y largos abrigos, que corrían a gran velocidad por las siembras, el río y monte adentro.

Más de uno contaba la historia a su manera, unos decían que eran los muertos de José Avendaño, otros que era el espíritu de Don Nicomedes Duin que andaba vagando por la hacienda y otros que si era la Sayona o la Llorona.

José Tomás empezó a sentir inquietud por tales versiones y aunque él no había visto nada todavía, comenzaba a dudar de sus creencias y a creer en sus dudas.

Al día siguiente muy temprano fue a visitar al padre Bagdolio, para contarle lo que estaba pasando en la hacienda y pedirle que lo ayudara con un consejo o tal vez con agua bendita o con sus oraciones, pero lamentablemente el padre había fallecido esa mañana.

José Tomás quedó impactado con la noticia, lo tenían acostado en su cama y una mujer lo limpiaba y otra lo vestía. Un sacerdote vestido rígidamente de negro con su sotana que le cubría hasta los pies le contó cómo había sido su muerte.

En realidad el padre Bagdolio no había sufrido, muy temprano en la mañana pidió un sacerdote y después de una hermosa oración cerró los ojos y ya no los volvió a abrir más.

Desde ese momento José Tomás hizo muchas reflexiones. En otras palabras, ya se le había instalado el miedo y la desconfianza.

Se había quedado dormido en la biblioteca de su padre, leyendo uno, de los cientos de libros que esperaban por él.

De un solo golpe brincó del sillón donde descansaba, tras los dolorosos gritos de una mujer.

-¡Me lo mataron, me lo mataron!

José Tomás se había parado en la puerta de la casa sin atinar que pasaba ahora. No comprendía lo que la mujer desesperada le decía y poco a poco fue entendiendo de qué se trataba.

Era Anselmo Lucena el peón más viejo de la hacienda, uno de los hombres de más confianza de Nicomedes y ahora de José

Tomás, quién había aparecido muerto dentro de unos matorrales.

Le habían sacado los ojos y tenía toda la piel rasgada en tiras, como si un animal salvaje lo hubiese atacado.

Quedó tan irreconocible que supieron que era él por las herraduras que usaba en sus botas.

Había tanto dolor en los rostros de los peones, de José Tomás, de la viuda y de sus hijos, que lloraban desgarradoramente la muerte de aquel ser tan querido.

No podían dar crédito a lo que estaban viendo.

Todo el mundo se preguntaba lo mismo, ¿por qué?

¿Quién pudo ser capaz de hacer algo así?

¡A un hombre tan bueno y trabajador que no se metía con nadie!

De pronto, la hacienda quedó convertida de nuevo en un arsenal de policías.

Artemio Peraza estaba furioso.

Organizó la búsqueda más implacable de toda su carrera policial.

Se organizaron por grupos, los peones se armaron hasta los

mismísimos dientes, José Tomás iba al frente con los Colmenárez armados de revólveres y la orden era disparar a lo primero que se moviera.

El pueblo estaba estremecido por la rabia y la impotencia y también se unieron a la búsqueda.

Por todas partes habían hombres armados, no hubo sitio donde no se buscara al asesino de Anselmo.

Una fuerza de sentimientos y emociones estallaba dentro del cuerpo de José Tomás, que se hacía presente en el tiempo y a lo largo de todos los caminos que iba recorriendo.

La búsqueda decidida de aquellos hombres, unos a lomos de caballo, otros a pié sedientos de venganza, con sus largos y seguros pasos y con la esperanza de encontrar al culpable de tan horrendos crímenes.

Punteaba el amanecer cuando ya cansados y adentrados en lo más profundo, José Tomás, los Colmenárez y un grupo de hombres fueron sorprendidos en medio de la oscuridad por una sombra que se movía a gran velocidad por el monte.

¡Dios nos libre! Susurraban algunos de los hombres, persignándose aterrados.

Y de pronto se oyó la voz ronca y sin titubeos de Emiliano Colmenárez.

-¡Estos no son espíritus, carajo!

-Ese que anda suelto por el monte encaja con el sospechoso y ustedes saben que “poco a poco es que se enrolla el bejuco y el alambre”

La búsqueda por los oscuros caminos se estremeció de golpe cuando Santos sin ninguna contemplación le echó mano a la sombra luminosa de los caminos.

De un certero golpe lo echó a rodar por la tierra y sin darle el más mínimo chance, se le abalanzó encima arrebatándole el machete que ya había levantado para asestárselo en el rostro.

Defendiéndose a toda costa, se le enfrentaba a aquella figura que poco a poco se iba convirtiendo en hombre.

Le quedaba claro que no se trataba de una aparición y arrastrándolo por la ropa, a la luz del amanecer, logró por fin verle el rostro a aquel despreciable ser.

En cuestión de minutos el grupo de hombres encontró a Santos que apuntándolo con su revólver repetía sin cesar:

-¡Es de carne y hueso, es de carne y hueso!

José Tomás tenía las palabras hundidas en la impresión, en la mirada y recordó aquel rostro desagradable pero que el tiempo no había borrado de su mente.

Y murmuró igual que aquella vez cuando apenas era un niño y lo vio salir de entre los matorrales ¡El cojo Baudilio!

Allí estaba, el mismísimo demonio frente a él, era el hombre que andaban buscando por los crímenes de “El Pedregal”.

Los hombres quisieron lincharlo allí mismo, pero José Tomás y los Colmenárez no se los permitieron.

Que recaiga sobre él todo el peso de La Ley.

Dijo José Tomás.

Quién a empujones y golpes lo llevó a rastras hasta dónde estaban los demás hombres entregándoselo al propio Jefe policial.

-Ajá... con que un aparecido ¿no?

Pagarás bien caro por tus crímenes Baudilio Barragán, irás preso por el resto de tu vida, se te acusa de asesinato, robo y otros delitos. Además te buscan en Colombia por unos crímenes y también en Falcón y Maracaibo.

Tu carrera de matón está acabada ya no le podrás hacer más daño a nadie.

-Y ahora canta pajarito... ¿dónde está escondido el desgraciado de José Avendaño?

Los hombres del pueblo rodeaban al jefe policial con intencio-

nes de arrebatarle al cojo Baudilio y hacer justicia por su propia mano.

Pero Artemio Peraza enfrentado como una pantera, revólver en mano les dijo:

-Al primero que dé un paso le meto un tiro.

-No se puede quebrantar la Ley.

-Ustedes son hombres de bien y por más que quieran lincharlo yo no permitiré que se manchen las manos con la sangre de este asesino. No vale la pena.

-Ahora váyanse a sus casas a descansar, ya mañana veremos.

Increíble, el cojo lloraba como una niña indefensa, le temblaban las manos y los pies, no podía ni caminar del susto. ¡Sáquenme, sáquenme de aquí! Suplicaba como todo cobarde.

En la estación de policía no le quedó otro remedio que “cantar” y a punta de trancazos, confesó absolutamente todo.

Se declaró culpable de todos los crímenes por los que estaba solicitado, menos por seis asesinatos que dijo que él no había cometido.

La muerte de Don Nicomedes Duín, la muerte de Anselmo, el degollamiento de las vacas, la muerte de Juvenal y dos asesinatos

más que había cometido su patrón y cómplice; José Avendaño.

Dijo que Avendaño se escondía por las laderas del río con intenciones de salir por allí y huir hacia Colombia y qué lo había dejado abandonado a la buena de Dios llevándose las joyas y el dinero que se iban a repartir y lo que más deseaba ahora, era vengarse de ése traidor.

Después de varias horas de confesiones y declaraciones, Artemio Peraza se estiró en su butaca de cuero y sacando fuerzas para no matar a aquel miserable - le dijo:

-Te aseguro “cojo” como que me llamo Artemio Peraza, que en menos de lo que canta un gallo, Avendaño te estará haciendo compañía tras las rejas.

-Y a ti mañana mismo te mando pal calabozo de El Tocuyo pa' que pagues allá todos tus crímenes.

-Y ésa cárcel sí es fiera, ¡carajo!

Los rostros de los peones que primero estaban sedientos de venganza, ahora tenían tristeza y desolación y lloraban en el entierro la muerte de Anselmo.

José Tomás tenía los sentimientos enconados y un sabor amargo en la boca, ese mismo que sintió cuando el padre Bagdolio le contó cómo murió su padre.

Tenía miedo, rabia y a la vez impotencia, pero se hizo un reto, “la búsqueda”

Desgraciado, para ti no habrá escapatoria posible ¡lo juro!

Y allí, dónde vivían y morían los hombres y las mujeres, en esas tierras que los acogían, a pesar de los aconteceres, de los desmesurados crímenes y el caos, en sus rostros había mucha humildad y agradecimiento.

-Patrón, venimos a decirle que usted no está solo y por ésta razón estamos aquí, para que sepa que cuenta con nosotros.

-Y como ya se esclareció todo y sabemos que todavía queda uno pendiente por ahí, estaremos “vigiando” día y noche si es preciso.

-Gracias Miguel y a ti también Eustoquio, Federico, Atanasio, gracias muchachos, gracias a todos por tanto aprecio, ustedes también cuentan conmigo, aquí no sólo soy el patrón sino el amigo, recuérdenlo siempre.

SI ME BUSCAS...ME ENCUENTRAS

“El linchamiento”

Los días transcurrían con algunas novedades, todos en la hacienda esperaban los resultados de las incesantes búsquedas tras la pista de José Avendaño.

Grupos de hombres al mando de Artemio Peraza, buscaban incansablemente por todas partes.

Después de los agotadores recorridos a caballo y las jornadas del duro trabajo, José Tomás decidió irse a su casa a descansar.

Tras un baño de agua tibia y una succulenta cena, entró al despacho como ya era costumbre y sacó un libro que ya casi terminaba de leer.

La suave música de la radio fue interrumpida por segundos por una noticia escalofriante, el Cojo Baudilio había muerto. Lo encontraron en su celda ahorcado con su propia correa, colgando de una de las barandillas de las rejas.

José Tomás interrumpió por momentos su lectura, respiró hondo muy hondo y continuó leyendo lo que ya había comenzado.

Amanecía y el nuevo día estaba tapado de nubarrones negros,

que se desataba con furia en intensos aguaceros y destellantes relámpagos.

Todo en la hacienda era tranquilidad por el momento, los peones se resguardaban en sus casas esperando a que escampara un poco, para irse a los ordeños y a los cultivos.

José Tomás observaba la lluvia tras las cortinas del inmenso salón, sin percatarse que detrás de él, se deslizaba fugazmente una sombra.

Pero de repente la sensación de una presencia y un extraño presentimiento lo hicieron voltear y la sombra cobraba vida.

Era José Avendaño parado frente a él y con una inalcanzable velocidad se le abalanzaba clavándole un cuchillo en el costado.

Pero con una rapidez increíble, a pesar del intenso dolor, José Tomás esquivaba los cortes del cuchillo.

Era una lucha entre la vida y la muerte.

Ahí estaba su atacante y él tenía que desarmarlo. Su instinto le decía que en esa lucha mortal y sangrienta debía salir con vida.

Al intentar defenderse, José Tomás le dobló un brazo hacia atrás fuertemente que lo hizo gritar del dolor y soltar el cuchillo. Mo-

mento que aprovechó para darle una certera patada en el pecho que lo voló por los aires.

Avendaño trataba de huir del que ahora era su atacante, pero José Tomás lo sujetaba fuertemente por el cuello doblándolo de rodillas hasta el piso.

Oportunidad que tuvo para darle un sinfín de puñetazos en el mismísimo rostro a la vez que le gritaba enfurecido y sacando fuerzas que ni él mismo sabía de donde:

-Este, es por haber asesinado a mi padre, éste, por haberle robado sus tierras, éste, por los golpes que me diste cuando apenas era un niño y éste, por haber asesinado a tanta gente inocente.

-Y éste

Y se le quedó mirando fijamente al rostro:

-Es por mi madre Asunción Liscano, la que te lavaba la ropa.

-¿Te acuerdas desgraciado?

El delincuente, que ya no tenía fuerzas para defenderse y antes de caer desmayado al piso, susurró entre dientes... ¿Tú?

Y se desplomó completamente en el piso.

A pesar de los truenos y la lluvia los sirvientes de la casa despertaron alarmados por él intenso ruido ante el sangriento es-

pectáculo, ayudaron a José Tomás a levantarse del piso, quién yacía doblado del dolor y había derramado mucha sangre por la herida.

Cuando Artemio Peraza llegó, ya el médico le estaba dando puntadas en la herida.

Gracias a Dios que él cuchillo no tocó ningún órgano muchacho, porque ahorita no lo estarías contando.

Le dijo el médico. Recomendándole unas inyecciones y mucho reposo.

A José Avendaño se lo llevaron desmayado para la policía, pero todo el pueblo salió a su encuentro, aferrados a su dolor por tantos crímenes y crueldades.

De pronto, un hombre gritó; Artemio Peraza a ese hombre lo castigaremos nosotros por sus crímenes despiadados.

-¡Alto! Ni se les ocurra, no voy a permitir linchamientos aquí. Recuerden que zamuro que ha caído en trampa no pasa por palo gacho.

-Gritó también el viejo policía.

-En dos palabras, Peraza, nosotros haremos justicia. “Y mejor pál perro que la perra sea chuta” ¿No cree usted?

-No voy a perder mi tiempo discutiendo con ustedes.

Y dándoles la espalda deliberadamente, les gritó a dos policías:

-¡Métenlo pa dentro, pues!

Momento que aprovecharon los enardecidos hombres del pueblo, para arrebatarse la despreciable presa al jefe policial.

Y allí, en un gran charco de sangre habían dejado tendido en el piso a aquél ser sin escrúpulos, que había empobrecido a tantas personas y a la vez, se había enriquecido robándole todo a los demás.

Ese hombre miserable que había sembrado tanto odio y terror en aquellas hermosas tierras de campesinos buenos y leales.

Ahora el pueblo lo había linchado en el único deseo de acabar “ya” con él.

En el bar del pueblo se le escuchó decir a Peraza:

-Volvió la tranquilidad a éste pueblo, “Muerto el perro se acabó la rabia”

-Y al fin y al cabo, la muerte de esos dos rufianes fue bien merecida. O lo que es mejor, “Ganancia pa todos.”

Terminó de tomarse su copita de ron Mount Gay y se fue tranquilamente a descansar

“QUE VIVA EL AMOR”

“La boda de Santos”

Los malos recuerdos y los hechos habían quedado borrados en los caminos, se habían cerrado las grietas de las heridas y poco a poco los tiempos buenos llegaban para instalarse en las vidas de todos los que habían sufrido y padecido.

Dicen; que el amor todo lo puede, lo sana y lo cura y a decir verdad, creo que sí, porque Santos se había enamorado como un loco desesperado de Anatolia Barrientos, una linda muchacha de grandes ojazos negros que más bien parecían unas pepas de azabache.

La conquista, la primera cita, la declaración, el “S”, el permiso familiar, el pedido de manos al padre de la muchacha, culminaron con un compromiso matrimonial y Santos después del matrimonio en la Jefatura civil, se casaba por la iglesia.

Estaba loco de amor por ella y decía a los cuatro vientos que era el amor de su vida.

Los invitados de Loma Curigua, todos los de “El Pedregal”, el abogado Salvatierra y todo el comando policial de Quíbor, esperaban con curiosidad a la novia en la iglesia del pueblo.

El novio, muy nervioso, secaba su sudor constantemente pero también se rascaba los cojones y no se sabía por qué razón le comenzaron a dar picazón.

La novia estaba hermosa. A pesar de que era bastante baja en estatura, el atuendo y los tacones altos resaltaban su figura haciéndola mucho más alta y esbelta.

El traje era blanco, largo de organza y seda natural. Justo debajo de la línea del busto le salía una gran falda suelta, creándole un verdadero toque de ingenuidad virginal y pureza.

La muchacha sin darse cuenta también se rascaba lastetas pues al parecer, tenía la misma comezón. Estaban demasiado abultados y casi se le salían por el pequeño escote del traje y era porque estaba “preñada” pero nadie lo sabía. Era un secreto que ya se comenzaba a notar entre ella y el angustiado novio.

Santos también estaba muy bien vestido con un elegante traje negro. Una corbata lengua de vaca muy a la moda y de un tono azul muy discreto. El cabello lo llevaba muy bien cortado y perfumado.

La boda se hizo en “El Pedregal” y el padrino era José Tomás, quién no escatimó en gastos para regalarle a su mejor amigo la más hermosa de todas las fiestas.

Había grandes mesones con comidas de todo tipo, estofado de

gallina y lomo prensao como plato principal y también un exquisito pabellón criollo con carne mechada, caraotas negras, arroz y tajadas.

Había buñuelos de yuca y dulces almibarados de higo, lechosa, durazno y toronja.

Conservas, alfeñiques y suspiros.

En otra mesa había queso de mano con cachapas de maíz y caratillo.

Los hombres tomaban cocuy fermentado y cocuy de penca.

Luego vendría la foto de los novios en el verdor de la hacienda, en ese bellissimo atardecer, bajo el trinar de los pájaros y quedaría enmarcada para el resto de sus vidas.

Las palabras de Emiliano fueron cortas pero de gran significado.

Este es el paso más importante en la vida de un hombre y una mujer y les deseo toda la felicidad del mundo.

Él también estaba radiante pero de felicidad. Había soñado tanto el ver a su hijo feliz y ahora se le había cumplido ese sueño.

Los novios bailaron un hermoso vals y luego todos los invitados se animaron a bailar los danzones que estaban de moda para después darle paso al joropo con arpa, cuatro y maracas.

José Tomás apartó por un segundo a Santos de la novia, para preguntarle varias cosas que quería saber:

-¿Santos estás enamorado?

-¡Claro, pendejo! Sino no me caso.

-¿Y cómo es estar enamorado?

-Bueno yo siento unos latidos fuertes en el corazón.

Y se puso rojo como un tomate cuando dijo esto.

-Es lo más hermoso que me ha sucedido en la vida. Algún día también a ti te llegará el amor.

Santos el amor no llega, hay que buscarlo. –Le dijo José Tomás

-Entonces búscalos hermano en lo más profundo de tu corazón y verás que esa persona especial, algún día llegará a tu vida.

Emiliano cuando los vio juntos a los dos se les acercó y dirigiéndose a José Tomás le dijo:

-Ahora faltas tú mijo, es una de mis mayores ilusiones. Verte feliz a ti también.

-Claro que sí tío Emiliano, usted logró ya hace mucho tiempo que yo fuera feliz.

-Sí mijo, y esa felicidad seguirá buscándote porque está marcada en tu destino.

Los tres hombres se abrazaron como nunca antes. Con todo el sentimiento del mundo.

Había un verdadero lazo de amistad y de amor que los unía para siempre. Eran tres hombres con demasiada historia y mucho que contar.

EN EL MISMO LUGAR

“Hacienda El Pedregal”

Tres añitos de feliz existencia cumplía mi ahijado Pedro Manuel, el primogénito de Santos Colmenárez.

Desde que naciera Pedrito siempre le festejaba su cumpleaños en la hacienda y ese día los estaba cumpliendo.

Se venían todos de Loma Curigua y por ser una fecha tan especial, tampoco ese día se abrió “La Morocota”.

La familia de Santos había crecido, ya tenían dos tripones más, Hermelinda y Zacarías, uno cada año y Anatolia estaba preñada de nuevo.

La finca de Emiliano progresaba a pasos agigantados, por ser una tierra fértil, todo el año tenían muy buenas cosechas y por supuesto muy buenas ventas.

Nuestras vidas se habían convertido en un ir y venir de ellos para acá y yo para allá, era mi familia, mis seres queridos, los amaba entrañablemente y por encima de lo que fuese, los defendería con mi propia vida si era posible.

Los campesinos de “El Pedregal” tenían tierras dentro de la hacienda, que los hacía dueños de ellas por haberlas trabajado

tanto tiempo con verdadera lealtad y responsabilidad, el trabajo y las buenas inversiones dieron para que construyeran sus propias casas.

Ya contaba con 2.500 cabezas de ganado y las siembras daban frutos prósperos a muy corto plazo, lo que me permitió construirles una hermosa escuelita y una medicatura para el pueblo.

Con la ayuda de Artemio Peraza, ubiqué sólo a dos de mis hermanos Ignacio mi ahijado y a Margarita. Tal y como se lo había prometido a mi madre.

Ignacio estaba sirviendo en el ejército en un cuartel de Maracay, y a Margarita me la traje a vivir conmigo, ella había servido muchos años en la casa de unos ricos en Barquisimeto que se fueron al extranjero y se había quedado completamente sola y sin familia.

De Agustina supe que murió tuberculosa siendo todavía una niña y de Ezequiel nunca se supo absolutamente nada.

Pero yo todavía lo sigo buscando.

La casita de mi madre en Paso Real, la mandé a construir toda de nuevo, estaba en un terreno bastante grande y se las regalé a mis dos hermanos.

El abogado Salvatierra, mi amigo personal, venía de vez en cuando a jugar ajedrez conmigo y a pesar de que él era mi maestro,

yo siempre le daba “Jaque-Mate”

También intercambiábamos libros y dábamos grandes paseos a caballo con su esposa por la hacienda.

Siempre que podía les llevaba flores a mis padres y por supuesto no faltaban las del padre Bagdolio.

Un buen día, Salvatierra me invitó para Acarigua en el Estado Portuguesa, ciudad hermosa, fundada en 1620, agrícola por naturaleza y capital del llano venezolano.

Era 13 de junio y justamente se estaba celebrando el día de San Antonio y a la vez el natalicio de José Antonio Páez.

Había cabalgatas y toros coleados en la tarde llanera, dónde no faltaba el joropo, baile típico por tradición.

De allí fuimos a las retretas de la Plaza Bolívar donde se observaba el sutil coqueteo de las mozas con el galanteo y la caballerosidad de los hombres.

Los niños corrían felices por todas partes, unos con sus acostumbrados juegos de la gallinita ciega, otros, el gato y el ratón y por supuesto el divertido alelimón.

Las abuelas en la plaza vendían todo tipo de dulces criollos; los exquisitos coquitos, arepitas dulces, pan de horno, dulce de

leche, jalea de mango verde, cocada, chicha de maíz, papelón con limón y riquísimos jugos de naranja.

“Acarigua, la ciudad donde todo es posible” con su emblemático árbol de samán, mejor conocido como el árbol de lluvia. Con sus hermosas flores blancas y rosadas, bordeando todo a su paso y llenándolo de colorido en el suelo fértil.

Y las hermosas y gigantescas mariposas de alas de pájaro del Parque Curpa, las más grandes y exóticas del mundo y también allí, en Curpa donde nació el General José Antonio Páez, héroe de la guerra de Independencia Venezolana.

San Miguel Arcángel, atravesando a la bestia con su espada como evidencia del triunfo del bien sobre el mal, en la hermosa iglesia del mismo nombre y la imagen de la virgen de Nuestra Señora de La Corteza que apareció milagrosamente en la corteza de un árbol.

Y la bellísima Plaza Bolívar con la estatua ecuestre de nuestro Libertador Simón Bolívar.

Confieso que estaba extasiado ante tanta belleza, pero más extasiado quedé cuando mi amigo Salvatierra me presentó a la hija de un abogado amigo suyo, con el que firmaría unos documentos de compra venta por unas tierras en la ciudad de Araure.

Leticia María Anzola, era el nombre de la bella y dulce mucha

cha, que me cautivó de inmediato con sus enormes ojazos verdes, de piel morena clara y precioso cabello negro rizado.

Tenía una sonrisa tierna y tímida a la vez que hacía un juego perfecto con el tono rojo de sus labios.

Era la mujer más bella que había visto en toda mi vida, no sólo por dentro sino también por fuera y entonces recordé las palabras de Santos el día de su boda cuando me dijo:

-Busca el amor hermano, dentro de tu corazón

Y así fue, lo busqué dentro del corazón, del alma, en su pasión de buena esposa, de buena madre y compañera para toda mi vida.

El amor es entrega, admiración del uno por el otro, es compartir una lágrima y una sonrisa, es obsequiar una rosa roja todos los días, es decir “te amo” a cada instante y que la piel se estremezca ante los besos.

Leticia María y yo, José Tomás Duin, nos casamos un veinticinco de diciembre de 1958, pero esta vez el matrimonio no fue en “El Pedregal”, sino en Loma Curigua, en la finca de mi querido tío Emiliano Colmenárez. Sin embargo casi todo Cubiro, Quíbor y “Paso Real”, estaban en mi boda.

La mitad de Acarigua también estaba presente, porque mis suegros habían hecho las invitaciones de familiares y amigos de la

familia de Leticia. Dios nos bendijo con siete hermosos hijos; Nerio, Noé, José, Isabel, Sara, Carmen y María Inés.

No sólo fui un hombre prolífico en tierras sino en amor, porque Leticia y mis hijos lo fueron todo para mí.

Coseché, cultivé y amé las tierras de mi padre.

Fui esposo, padre, hermano y amigo de todos los que siempre estuvieron a mi lado.

Leí ciento setenta y ocho libros de la biblioteca y aunque sólo aprendí a leer y a escribir, llegué a ser Jefe Civil.

Pude colgar en la biblioteca todos los cuadros de los presidentes de Venezuela que faltaban, incluyendo el último, el de la Revolución Socialista, el Comandante Hugo Chávez, porque sé que eso le agradaría mucho a mi padre desde algún lugar del cielo donde estuviese descansando.

Ahora tengo setenta y nueve años, ya Leticia se fue de mi lado para siempre, también Mi tío Emiliano, mis dos hermanos y mi gran amigo Salvatierra.

Los hijos vienen de vez en cuando y se van, los nietos y bisnietos se reúnen conmigo en mis cumpleaños y en las fiestas de pascuas. Pero de una cosa si estoy seguro. "Ya no hay soledad ni tristeza en mi corazón"

Mi viejo amigo y hermano Santos, viene seguido y me alegra muchísimo con sus cuentos de aparecidos y sus extraños chistes; y aún canta con el cuatro desafinado.

Y yo, aquí...

En mi mecedora, recordando a mi familia y leyendo:

“En el mismo lugar”, el libro que escribí a través del tiempo de mi vida y de mis sueños.

Es mi historia y la historia de otros, que le dieron sentido en este lugar a todas las historias.



Familia Duin Anzola

GLOSARIO

Babieco:	Persona atontada
Carrizo:	Expresión despectiva
Chácara:	Monedero pequeño
Colorete:	Polvo rojizo para colorear las mejillas
Engrudo:	Pega casera
Ensebado:	Juego tradicional de palo embadurnado de grasa
Espaldero:	Cuidar la espalda de una persona
Finao:	Persona fallecida
Gago:	Dificultad al hablar
Gamelote:	Hierba abundante
Guamazo:	Trago de bebida alcohólica
Guáramo:	Valentía
Guarandinga:	Identificación de objeto
Jeta:	Callar a los habladores
Jolgorio:	Fiesta animada
Lambucio:	Persona que come más de la cuenta

Leguleyo:	abogado no profesional
Mamar gallo:	Joderle la vida a otros
Menjurjes:	
Monigote:	Figura dantesca
Nudillo:	Parte exterior de la articulación de la mano
Onoteada:	Dar color con la semilla del onoto
Piazo:	Forma despectiva de señalar algo
Quicios:	Parte de una puerta o ventana que se unen
Renco:	Persona que cojea
Tarambana:	Persona alocada e informal
Trasteaban:	Mover de sitios trastes y corotos
Tripón:	Muchacho
Zaperoco:	Armar una pelea
Zipote:	Trato despectivo a muchacho intranquilo
Zoquetadas:	Palabras sin sentido

Mildred Cabral

Valencia, Estado Carabobo. Venezuela, 1950

Docente, escritora, poeta, investigadora, actriz de teatro, coreógrafa, escenógrafa, artista plástico, locutora, humorista, promotora cultural, facilitadora de diversos talleres y performances.

Miembro de la Asociación de Escritores del Estado Lara (ASELA) y de su Junta Directiva en el cargo de secretaria de ética y derechos del escritor 2019.

Miembro del Grupo de Investigación de Género y Sexualidad (GIGESEX) Universidad de Los Andes/Facultad de Humanidades y Educación.

Adscrita al Sistema Nacional de Culturas Populares del SNCP en la disciplina de Literatura como Personalidad de Especial Mérito.

Como escritora aborda los distintos géneros literarios: Cuento, poesía, guiones y novelas. Su poesía se incluye en la Revista "H Parlante" de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, Estado Mérida.

Coordinadora de diversos talleres y conferencias.

Participación y reconocimientos en Festivales Mundiales de Poesía.

Participación en las Ferias Internacionales del Libro Universitario F.I.L.U.

Es autora de los Libros De piel callada, Brevesías y Andares. Publicados por la Fundación el perro y la rana a través del Sistema Nacional de Imprentas Mérida. "La Mujer Revuelta" publicada en la Revista Científica Contracorriente. Asimismo, cuenta con una extensa obra inédita de poesía y narrativa: Cantos Negros/África en las venas. Cantos Indígenas. Con ar-

mas de conciencia/Un canto a la revolución, entre otros.

Su pasión por la palabra la motivan a crear hermosos poemas los cuales combina en sus recitales con ritmos de percusión, haciendo de su obra un espectáculo que ha presentado en varias salas de Mérida, Trujillo, Lara y Caracas respectivamente.

Se ha ganado diversos premios y reconocimientos por la creatividad que refleja en sus relatos.

La Autora: “Mi poesía viene del fuego, del barro y la candela, en la necesidad de agitar la tierra para sentir que sigue viva en el calor de la noche de tambores despiertos y atentos”.

Colofón

Versión Digital, marzo 2020
Sistema de Editoriales Regionales, Lara
Barquisimeto - Venezuela

Colección: Salvador Garmendia

Narrativa

En el mismo lugar

Es una novela llena de emociones, en la cual se enlazan la humildad y la pobreza con la opulencia y el dinero. Todo transcurre “En el mismo lugar” una hacienda llena de historias, sentimientos y vivencias donde el poder y la maldad quedan de lado, dando un toque magistral a la verdad y la justicia.

Con esta, su primera novela, Mildred Cabral se une al universo de narradores que con su amorosa inquietud le brindan al Estado Lara una atención tan especial e ilustrativa de nuestra historia, tal como si hubiera ocurrido apenas ayer, en el mismo lugar...



Sistema de Editoriales Regionales

LARA

Mildred Cabral

Valencia, Estado Carabobo. Venezuela, 1950

Docente, escritora, poeta, investigadora, actriz de teatro, coreógrafa, escenógrafa, artista plástico, locutora, humorista, promotora cultural, facilitadora de diversos talleres y performances. Miembro de la Asociación de Escritores del Estado Lara (ASELA) y de su Junta Directiva en el cargo de secretaria de ética y derechos del escritor 2019. Miembro del Grupo de Investigación de Género y Sexualidad (GIGEX) Universidad de Los Andes/Facultad de Humanidades y Educación.



Ministerio del poder popular
para la Cultura

